

XXVIII

En un artículo inserto en el ya citado *Journal des Savants*, Mr. Saint-Beuve plantea esta cuestión, hasta hoy no dilucidada:

«Los lindos versos de Carlos IX á Ronsard:

El arte de hacer versos
no se moteje..... etc.....

¿dónde aparecieron por primera vez?»

Después de estudiar la interrogación, creo poder contestarla.

Estos versos, los mejores que se han publicado con la firma de un monarca—dice Valery,—y tal vez los mejores de su siglo; estos versos que Voltaire supone escritos por el conde de Amyot—excelente prosista y pésimo poeta,—se encuentran por vez primera en el *Compendio de la Historia de Francia*, hecho por Juan Le Royer, señor de Prades, París, 1651, in-4.º, p. 548, de donde Abel de Sainte-Marthe los copió para colocarlos en la *Colección de pruebas* adjuntas al *Discurso histórico acerca del restablecimiento de la biblioteca de Fontainebleau*.

En apoyo de las afirmaciones que hemos de sentar, reproduciremos los versos, aunque son sobradamente conocidos:

El arte de hacer versos
nadie moteje,
el poeta está tan alto
como los reyes.

—

Los reyes y los bardos
ciñen diademas:

la del bardo es conquista
la mía es herencia.

—
Inspiración sagrada
llena tu pecho,
yo brillo por el trono
tú por el genio.

—
Al lado de los dioses
en plena gloria,
Ronsard es favorito,
yo soy su copia.

—
De tu lira inspirada
con los acentos,
tú reinas sobre el alma,
yo sobre el cuerpo.

—
Noble cetro es tu lira,
Rey de los reyes,
tú reinas donde el hombre
reinar no puede.

Podríamos comparar estos versos con otros escritos por Carlos IX. Pero no es preciso.

Basta leer las anteriores estrofas para comprender que son más hermanas de la musa de Corneille que hijas del numen no siempre inspirado de Ronsard.

El autógrafo de la poesía no se ha encontrado, tal vez porque en él se hubiera puesto de relieve que los versos, antes que por el soberano, habían sido escritos por Prades, imitando el corte y la manera de las poesías de su época.

Dreux de Radier, estudiando esta cuestión dice, que la poesía transcrita es original de Carlos IX, pero corregida y arreglada por Prades.

XXIX

He contribuído á arrancar un florón de la corona poética de Carlos IX, y quiero ofrecer un desquite á la memoria del monarca.

¿Disparó, el referido soberano, sobre los hugonotes el día de San Bartolomé?

Declaro que creo que no.

No estimo como incontestables los testimonios de Gascón Brantome y del Marqués de Tessé, á pesar de que, según Voltaire, dicho Marqués era el que cargaba el arcabuz del Rey.

Más conforme estoy con la defensa hecha por Coupé, en un artículo de sus *Veladas literarias*.

No me convence Prudhomme, que afirma—en sus *Revoluciones de París*—que Carlos IX abandonó el taco con que jugaba al billar para empuñar la carabina y hacer fuego sobre los hugonotes.

Tampoco me convence el decreto de la *Commune* disponiendo—con fecha del 29 vendimiario del año II (20 de Octubre de 1793)—que se coloque «un poste infamante» en el sitio desde el cual Carlos IX disparó sobre su pueblo. Digo que esto no me convence, porque sé que el poste, con una inscripción trazada en letras bien gordas, estuvo durante muchos años sobre el muelle, más abajo de la ventana del gabinete de la Reina, hoy galería de los Antiguos; esta parte del Louvre no se edificó hasta últimos del reinado de Enrique IV: es más que difícil que Carlos IX pudiese desde ella arcabucear á los vecinos del barrio de San Germán.

Recientemente el lugar de la escena se ha trasladado á otro palacio (el de Petit-Bourbon), desde cuyo hueco

principal, que cae sobre el muelle de la Escuela, se supone que disparó el monarca.

Esto es muy inverosímil, si ha de creerse el relato de Brantome: «Cuando amaneció — dice el cronista citado—el Rey asomó la cabeza á la ventana de su cuarto.....»

¿Dónde estaba el cuarto del soberano? En el Louvre, no en el Petit-Bourbon. Pero no me basta con negar la falsedad del cambio de escena; es que niego en absoluto la exactitud del supuesto hecho.

En vano Mr. Bernard ha intentado probar, con descripciones del Louvre, la existencia de la ventana que el Rey utilizó para hacer fuego. En vano, también, Barbier y d'Argenson se han esforzado en demostrar que el teatro del suceso fue el Petit-Bourbon.

Este desacuerdo ya viene á probar la falta de verdad única.

Sully nada dice referente al asunto en sus *Memorias*, y es seguro que en ellas hubiese consignado la parte que se dice tomó el Rey en la matanza de hugonotes.

En cambio, Brantome, narrador del hecho, se hallaba ausente de París en la época del sangriento episodio.

D'Aubigné también, por ausente y por fantaseador, no es testigo de mayor excepción.

Hace poco tiempo encontré un folleto escrito por un hugonote en 1579, ó sea quince años antes que el relato de Brantome y mucho antes que el de D'Aubigné.

El folleto se titula: *Somatén contra los asesinos y autores de las revoluciones en Francia*. El autor, casi contemporáneo del suceso, dice que la matanza fue tan grande que, sin conocerla por entero, bastó para saciar la crueldad del Rey, de la Reina y de sus secuaces, y añade, que el Rey, *que no intervino para nada en la carnicería*, mandó desde el Louvre varios emisarios para averi-

guar los nombres de los hugonotes muertos ó prisioneros para ser ejecutados.

Si esto no bastase para acabar con la calumnia que manchó el nombre de Carlos IX, véase el párrafo de una carta escrita por el soberano, al siguiente día del degüello de hugonotes, al Duque de Longueville, gobernador de Picardía:

«Ni he podido impedirlo, ni apenas remediarlo—dice el Rey.—Mi guardia sirvió para mi defensa y para apaciguar la sedición, y espero me sirva para evitar nuevos desórdenes.»

XXX

No fue Brantome cronista fiel del reinado de Carlos IX. Antes le atribuyó un crimen que el monarca no cometió; ahora le achaca una frase no pronunciada por el Rey.

Dijo el soberano—según el citado escritor,—que, contra los rebeldes es crueldad el ser humano y es humanidad el ser cruel.

Este apotegma no es de Carlos IX; está copiado de las pláticas de Cornelio Muis, obispo de Bitonte; Catalina de Médicis hizo de la frase un consejo que con frecuencia repitió á sus hijos.

D'Aubigné es el que contando esta particularidad ha enmendado la plana á Brantome.

A su vez, D'Aubigné fantaseó la carta que se supone escrita por el vizconde de Orthez, rehusando obedecer la orden de pasar á cuchillo á los hugonotes de Bayona.

En la carta se ve el estilo de D'Aubigné. Dice así: «Señor: he comunicado las órdenes de V. M. á los súb-

ditos fieles de esta plaza y á los soldados de la guarnición: he encontrado excelentes ciudadanos y valerosos soldados, pero ni un verdugo. Por esto, ellos y yo suplicamos humildemente á V. M. emplee en cosas posibles—por arriesgadas que sean—nuestros brazos y nuestras vidas, que son y serán, mientras duren, de V. M.»

Ningún historiador copió esta carta ni tuvo noticia de ella. Sólo la conoció D'Aubigné, por la sencilla razón de que él solo la inventó.

Tuvo desgracia al atribuirle á de Orthez. Leyendo la misiva parece que el referido Vizconde debió ser hombre muy íntegro, enemigo de rigores extremos y católico y bondadoso.

Pues bien, el Vizconde de Orthez fue encarnizado perseguidor de los protestantes, y, en 1560 se unió voluntariamente á las tropas del Rey de España, sólo para entrar, con ellas, á sangre y fuego en los Estados del hugonote monarca de Navarra.

«Con Orthez—dice La Planche,—se podía contar siempre que se tratase de matar protestantes, sin distinción de sexos ni de edades.»

Lejos de interceder por los hugonotes de Bayona, fue tan cruel con ellos, que Carlos IX hubo de apercibirle varias veces para que no extremase su ensañamiento.

La prueba de ello está en los autógrafos del referido monarca, que se conservan en los archivos de Bayona.

No faltará alguien que pregunte que, si no fue Orthez, ¿quién fue el que se opuso al degüello de hugonotes en Bayona?

Tallemant, en su biografía del músico Niert, dice: «Niert nació en Bayona y dice que su abuelo, siendo Alcalde de la ciudad, impidió que en ella fuesen asesinados los protestantes».

Esta afirmación es menos creíble que el relato de D'Aubigné.

Niert habló como nieto vanidoso; Orthez, que nunca cedió ante gente armada, pudo compadecerse de seres indefensos; tal vez siendo cruel fue compasivo.

Lo que no hizo el vizconde de Orthez fue escribir la carta copiada por D'Aubigné.

XXXI

Se ha atribuído á Mr. de Montmorin, gobernador de Auvernia, una carta — parecida á la supuesta de Orthez — contestando á un requerimiento de Carlos IX para proceder contra los hugonotes auverneses.

Dulaure, antirrealista acérrimo, demostró—en Memoria leída en 1802 en el Instituto—que jamás existió tal carta.

También se han desmentido las frases que se dijo pronunció Hennuyer, Obispo de Lisieux, tratando de detener á los matadores, y abogando por los hugonotes, «ovejás descarriadas». Hennuyer, fanático, limosnero del Rey, confesor de la Reina, y tal vez instigador de la matanza, no debió ser hombre capaz de detener á los verdugos.

Ha habido un error verdaderamente curioso.

En 1562, después del edicto conciliador de Enero, Carlos IX dió orden á todas las ciudades para que no fuesen perseguidos los protestantes y se les tolerase el ejercicio de su culto.

El Obispo de Lisieux se creyó en el caso de contestar protestando contra la orden del Rey.

Su protesta gustó tanto á los católicos, que se grabó

como epitafio en el sepulcro del Obispo referido, en la Catedral de Lisieux.

De esto nació la equivocación.

La protesta de 1562, trasladada á diez años antes—cuando en vez de perdones se disponían degüellos—mereció los honores de ser historiada como ¡rasgo de tolerancia heroica!

¡Valiente contrasentido!

Hemeré fue el primero que se equivocó, luego los otros, los borregos de Panurgo, fueron, como siempre, en manada, á la cola del primero, rumiando el desatino.

XXXII

Mucho y bueno pudiera decirse acerca de los distintos episodios que precedieron ó siguieron á la sangrienta jornada de San Bartolomé.

Precisando bien los hechos que determinaron la matanza, se vería que obedeció antes que á órdenes dictadas por Catalina de Médicis ó por el Rey, á una conspiración tramada por los Guisas, que, por ambición ó por venganza, por cobrarse de la muerte de su padre, hacen blanco de sus iras á Coligny, sacrificando de paso miles de inocentes.

Se ha dicho que Carlos IX, viendo herido gravemente de un arcabuzazo á Coligny, exclamó: «La herida es vuestra y el dolor es mío.»

Después se amplificó la frase, diciendo:

«Vuestros son el dolor y la herida; míos el insulto y la ofensa.»

Ultimamente se modificó el dicho, expresándolo así: «Habéis recibido el golpe en un brazo; yo lo he recibido en el corazón.»

De las tres *frases*, la primera es la exacta. Las otras son fantasías sobre el mismo tema.

Fantasia es también la de suponer que la herida de Coligny la causó un disparo de Maurevers.

Coligny fue herido por Tosinghi, capitán florentino, hechura de la Reina y favorito del de Anjou.

XXXIII

Sólo diré dos palabras con referencia al eminente cirujano Ambrosio Paré. Se afirmó que el Rey le salvó la vida, á pesar de ser calvinista acérrimo el cirujano referido.

Carlos IX no tuvo precisión de ser clemente; Ambrosio Paré era católico (1).

No intentaré aclarar el misterio que envuelve á la muerte de Juan Goujon que—caprichosamente—se dijo fue una de tantas víctimas de la de San Bartolomé.

Afirmaré únicamente que Goujon no murió de un balazo sobre los andamios del Louvre, ni pereció tampoco en el preciso instante de terminar de esculpir las ninfas que adornan la fuente de los Inocentes. En 1572, sólo hacía la friolera de veintidós años de estar terminado dicho trabajo escultórico.

Para aclarar el misterio fuera preciso ante todo aclarar la vida entera del artista.

Antes de investigar la fecha en que murió, no estaría de más inquirir la fecha en que nació.

(1) Véanse el *Diccionario crítico* de A. Jal, el prólogo de Maligne á las *Obras completas* de Paré, los relatos de Brantome, y el acta de defunción y sepelio—en una iglesia—del sabio cirujano.

XXXIV

Al ser prevenido Guisa de que intentaban asesinarlo, exclamó: «¡No se atreverán!»

Lo mismo dijo César en las mismas circunstancias.

¿Es que Guisa imitó á César? No. Es que Guisa, pareciéndose á César, sin copiarle, pensó como César al encontrarse en una situación análoga.

El caso es el mismo, sólo que al contrario del ocurrido al Duque de Joyeuse, que en la batalla de Coutras, viendo que los soldados del Rey de Navarra se arrodillaban—para rezar, no para pedir perdón—gritó: «¡Tienen miedo, son nuestros!»

Esta *frase* no es, como la de Guisa, una coincidencia de pensamiento hija de la coincidencia de la situación; es lisa y llanamente un plagio del dicho de Carlos el Temerario al ver arrodillarse á los suizos sobre el campo de batalla de Gransou.

XXXV

El más elocuente de los monarcas franceses, el más enamorado del arte de bien decir, fue Enrique III.

«Se sabe—dice Coupé—que él mismo redactaba sus alocuciones y se esmeraba en pronunciarlas elocuentemente.»

Sin embargo, de este Rey no se conserva ni una frase.

En cambio, se le atribuyen muchas, poco auténticas, á Luis XI. ¿Por qué?... Sencillamente porque Luis XI gozó de popularidad que no llegó á alcanzar el tercero

de los Enriques. Fue popular Enrique IV, y esto bastó para que la Historia recogiera con los hechos, los dichos de un soberano que se jactaba — en su *Alocución á los ciudadanos de Rouen* — de no aspirar á la gloria de los oradores.

De este Rey se ha guardado lo que dijo y hasta lo que no llegó á decir.

Después de uno de sus triunfos, se cuenta (1) que el Bearnés escribió así á uno de sus caudillos predilectos, que no había tomado parte en la acción:

«¡Ahórcate, valiente Crillon! Hemos peleado en Arques y tú no has estado allí...! Adiós, Crillon valiente, te quiero á troche y moche.»

Después de buscar mucho he dado, al fin, con la carta auténtica del Rey á Grillon—Grillon, y no Crillon, es como le llama Enrique IV.

Por lo pronto la carta no se refiere á la batalla de Arques, librada en 1589; en dicha fecha—según Berger de Xivrey—Grillon no pertenecía al ejército real.

La carta fue escrita ocho años después, en el campamento de Amiens, el 20 de Septiembre de 1597, y decía así:

«A Mr. de Grillon.

»Duélase usted de no haber estado aquí, á mi lado, el lunes último, en ocasión tan hermosa como jamás se ha visto ni ha de verse. Créame, yo y usted lo hubiéramos deseado. El Cardenal nos atacó con gran denuedo y tuvo que retirarse vencido y avergonzado. Aguardo estar el jueves proximo en Amiens, donde aún no sé si haré jornada, antes de acometer nuevas empresas, porque estoy al frente de uno de los mejores ejércitos que se pudieron soñar. En él sólo falta el valiente Grillon

(1) Véase una nota de Voltaire en la *Henriada*.

que siempre será bien venido y mi predilecto. Adiós.—
A 20 de Septiembre.—*En el Campamento de Amiens.*—
ENRIQUE.»

Nótese que el Rey no tuteaba á Grillon. Al tutearlo hubiera faltado no sólo á su costumbre, sino á la costumbre de aquel siglo, en el que no se admitían familiaridades hoy en uso.

En cuando al estilo y manera de redactar de Enrique IV, nada hay criticable. Siempre empleó la misma fórmula en casos semejantes.

Véase un fragmento de la carta que dirigió al tuerto Harambure:

«Harambure, desespérese usted de no haberse hallado junto á mí, en un combate, en el que hemos luchado rabiosamente contra el enemigo..., etc. Adiós, tuerto.»

XXXVI

—La corona bien vale una misa.

Otros dicen:—París bien vale una misa.

De uno ó de otro modo, la frase resulta imprudente. Si Enrique IV la hubiese pensado—cuando resolvió abjurar para conseguir pronto acceso al trono y franca entrada en París—es seguro que no la hubiera dicho.

Restableciendo el verdadero sentido de la frase, y colocándola en boca del que realmente la pronunció, resulta justa y de incontrovertible exactitud.

«Un día (1) porfiaba el Duque de Rosny con Enrique IV, que Dios perdone, preguntándole el por qué no se decidía á oír misa, y le dijo así: «Señor, señor, la corona bien vale una misa...»

(1) Véase el libro *Caquets de l'Accouchée*, biblioteca elzeviriana de P. Jannet.

Hubiera sentido que la frase fuera de Enrique IV, pero, á pesar de todo, la declararíá por suya si él la hubiese pronunciado.

No soy como Montigny, que estudiando el proceso y condena del mariscal Biron, declaró que estaba dispuesto á no publicar sus estudios si hubiesen resultado desfavorables para Enrique IV.

¿Sería posible que si hubiese tenido en la mano las pruebas para rehabilitar la memoria de un inocente, las hubiera guardado? Montigny estimaba en más el nombre del monarca que la verdad histórica. No soy de su opinión. Creo—con Mathieu—que si malo es escribir falsedades, es malo y es cobarde ocultar la verdad.

XXXVII

Volvamos á Sully.

Su Santidad le exhortaba en un Breve á convertirse al catolicismo.

Sully contestó al Pontífice en carta muy respetuosa, excusando acceder al ruego papal.

Uno de los párrafos de la carta es éste: «Publicaré por todas partes vuestra gloria, os alabaré siempre, y, dando mil gracias á S. S. por sus hermosos consejos, le ruego humildemente no censure el que—no pudiendo hacer nada mejor que imitaros—eleve mis ruegos á Dios creador de todo, para que asista é ilumine con su santa gracia vuestro celo y piedad, llevando á S. S. el espíritu de la verdad y de la voluntad divina, que es la salud y la felicidad eterna de toda criatura.»

Los biógrafos, en su afán de extractar, y en su deseo inmoderado de hacer frases, han hecho de una carta cortés, aunque algo irónica, una grosería brutal.

El benedictino Chaudon, en su *Diccionario histórico*, habla de Sully, y refiriéndose al fragmento transcrito, dice:

«Habiéndole escrito el Papa una carta, que empezaba elogiándole como Ministro y concluía exhortándole á entrar en mejor vida, el Duque contestó que «él no cesaba, á su vez, de rogar á Dios por la conversión de Su Santidad».

XXXVIII

Podría—con auxilio de Bassompierre—refutar fácilmente la fábula del montero mayor de Fontainebleau y de los escarceos *cinegéticos* en los bosques durante el reinado de Enrique IV.

Podría también demostrar que la canción de *La hermosa Gabriela* no fue escrita por el monarca. Una parte de ella es muy anterior á Enrique IV, y además este soberano —según el cardenal Duperron, que le conocía bien—era lego en música y en poesía.

Asimismo no me resultaría difícil probar que se calumnias al Rey suponiéndole gran bebedor de vino de Suresnes, cuando Enrique el vino casi único que bebía era el de Suren.

Pero esto—y el averiguar si los pavos fueron traídos por los jesuítas ó importados con anterioridad, y la *transcendentalísima* cuestión acerca de las medias de seda de Enrique II—no merece capítulo aparte, y sólo puede tratarse incidentalmente y de pasada.

Hay para mí una frase del buen Rey, más importante que las minucias apuntadas. Es la siguiente:

—Gallina en el puchero—dijo Enrique IV.

¿Lo dijo? ¿Lo dijo preocupándose de la comida do-

minguera de sus súbditos? Creo que sí. Estimo que es, más que de ingenio, una frase de afecto.

Reyes y ministros la repitieron después, y Colbert hizo ley de la aspiración del monarca.

Su carta al intendente de Tours, es un parafraseo del dicho de Enrique IV.

Colbert preguntaba «si los ciudadanos empezaban á tener casa cómoda y vestido decente, y si podían solazarse algo en los días de fiesta y de bodas.»

La respuesta del intendente no debió ser satisfactoria. Aún no había gallina en el puchero, aun cuando hacía tiempo que se la estaba desplumando, como decía el epigrama.

XXXIX

Enrique el Grande—dice el caballero de Meré—encontraba muy bien todo lo chistoso que oía, y el difunto Rey (Luis XIII), que se complacía en hacer frases ingeniosas, gustaba de que se le contestase con ingenio.

Pues bien; de este Rey que hizo frases, no se conserva ninguna. Fue impopular como Enrique III, y, como á él, se le castigó. A otros reyes se les atribuye ingenio que no tuvieron; á éstos, ni aun se les respeta el que de derecho les corresponde.

Frases de Richelieu, escritas en su *Testamento Político*, han sido atribuídas al Bearnés—sólo porque era un Rey popular—sin parar mientes en que no está bien en boca de un Rey lenguaraz una lección de silencio.

Las estocadas tienen cura. Las heridas que causa una palabra, especialmente si es de Rey, son incurables. Mientras la piedra se arroje de más alto, será mayor el daño que produzca.

Sabiéndose que Luis XIII hizo frases, se pudo espiar para él—como para Enrique IV—en cercado ajeno. No se hizo, porque dicho queda que el monarca no gozó de popularidad.

Los pocos hechos que de Luis XIII se recuerdan, son ridículos; las únicas palabras que se le atribuyen son antipáticas.

Nada más sencillo que poner de manifiesto la falsedad de tales hechos y dichos.

La aventura de la carta que Mlle. Hautefort esconde en su pecho, y que el Rey públicamente no se atreve á cojer, es un cuento forjado por el autor de un mal libro: *Intrigas amorosas de la Corte*. En ese libro aparece por vez primera la anécdota.

La historia del volante que va á caer en el mismo sitio en que se ocultó la carta, y que el monarca recoge con unas pinzas y cerrando los ojos, es una invención del predicador que, haciendo la oración fúnebre de Luis XIII, no halló á mano ejemplo mejor para alabar la castidad del soberano.

Véase cómo cuentan el caso:

«Un predicador hacía el panegírico de Luis XIII, y ensalzando su castidad, citó, con notoria exageración, este ejemplo: Jugaba el Rey un día al volante con una dama de su corte; cayó el volante en el pecho de la jugadora y ésta quiso que de allí lo recogiese el soberano. ¿Qué hizo el público monarca para huir de la tentación? Tomó las tenazas de la chimenea, etc.....»

¿Quién fue el predicador? Quizás el P. José. Tal vez San Vicente de Paul. Blot cuenta que uno y otro habían sermoneado mucho á Luis XIII, criticando el escote de los trajes de las señoras.

XL

Cuando Mr. le Grand (Cinq-Mars) fue condenado, él (Luis XIII), dijo: «Quisiera ver las muecas que hará á estas horas sobre el patíbulo».

La frase es horrible. Tallemant cumplió, como buen murmurador, repitiéndola. Pero Mr. Bazin ha cumplido como historiador serio y concienzudo, diciendo: «Ningún testimonio digno de crédito garantiza la exactitud de la frase.»

Luis XIII no pudo saber ni la hora ni aun el día de la ejecución, que, por cierto, se retrasó de improviso por haberse roto una pierna el verdugo de Lyon. Mal pudo el monarca formular «á hora fija» el deseo que se le ha supuesto.

La frase—como á Paulin París,—se me antoja una segunda edición corregida y abreviada de la que se dice pronunció el Duque de Alençon, al recibir la noticia de que el Conde de Saint-Aignan había sido muerto en el *motín* de Anvers, el 19 de Enero de 1583.

—Estoy muy triste—dijo riendo.—Creo que me hubiera divertido ver á estas horas los mohines que hará Saint-Aignan.

En la historia de Cinq-Mars, no hay más que errores y mentiras, que ruedan por el mundo y por los libros gracias á una novela en la que se maltrató despiadadamente á la verdad.

Las lágrimas, como la sonrisa, tienen poder extraordinario. El novelista nos hace llorar por la juventud de Cinq-Mars, y nos deja oculto su crimen. El conspiradorzuelo, el ambicioso mezquino, el traidor que vende á

Francia al oro español, no aparece en la fantástica relación.

Para él se amontonan sensiblerías y lirismos. Contra Richelieu se desencadenan maldiciones y anatemas, sin considerar que el rigor fue, en este caso, útil y provechoso, pues detuvo otras conspiraciones y salvó á Francia de las amenazas de otros conjurados.

Para Cinq-Mars como para Thou, cómplice del primero, Richelieu fue implacable, pero dentro de la justicia.

El Cardenal decía frecuentemente: «La impunidad no enseña á ningún traidor; el castigo hace sensatos y enseña á más de mil».

La ejecución de Cinq-Mars no fue otra cosa más que la práctica de esta teoría que se encuentra en el *Testamento Político*, de Richelieu: «Ser muy severo para los particulares que hacen gala de despreciar la ley, es ser bueno para el público..... No hay mayor crimen contra los intereses públicos que el ser indulgente para los que los violan».

Cuando á Richelieu, próximo á espirar, le preguntó el confesor si perdonaba á sus enemigos, el Cardenal contestó que él nunca tuvo más enemigos que los del Estado.

La frase es cierta, y seguramente debió ser pronunciada por Richelieu.

Como á enemigo de Francia persiguió y condenó á Cinq-Mars.

La carta que escribió á la desgraciada marquesa de Effiat—que pedía perdón para su hijo,—refleja el carácter inflexible del hombre que habla, antes que por sí propio por el Estado ofendido.

He aquí la carta, que es punto menos que inédita:
«Si vuestro hijo fuese culpable sólo de maquinacio-

nes hechas en contra mía, me olvidaría de mí, para acceder á vuestro deseo; pero siendo, como es, culpable de traición hacia el Rey, y habiendo formado una conjura para turbar la paz del reino en provecho de los enemigos del Estado, no puedo, en modo alguno, mezclarme en tales cuestiones, á pesar de vuestras súplicas. Ruego á Dios que os dé consuelo.»

XLI

Muy á menudo se ha dado como de Richelieu esta frase siniestra: «Que se me den seis líneas escritas de puño y letra del hombre más honrado del mundo, y encontraré motivo para hacerle ahorcar.»

Si alguien pronunció esas palabras durante este reinado, seguramente fue Laubardemont, ó quizá Laffémas.

Richelieu no descendió á los detalles de polizone feroz ó de verdugo hambriento de ejecuciones.

Jamás se divirtió—dígalo quien lo diga—en comparar el color de la sangre de sus víctimas con el rojo de su traje cardenalicio.

El Cardenal—escribe Michelet—decía:

«Jamás resuelvo sin madura reflexión; pero cuando resuelvo, voy derecho á mi objeto, atropello por todo, siego todo, y después todo lo tapo con mi ropón grana.»

Michelet no se enteró bien de que lo que Richelieu dijo fue esto y no más: «Cuando una vez adopto una resolución, voy derecho hasta el fin y lo revuelvo todo en mi sotana roja.»

Otra de sus frases, que Voltaire—no sé por qué—encuentra vulgar, es la siguiente: «Todo con razón.» Y, efectivamente, con razón y por razón lo hizo todo.

La política de Enrique IV la estimó como la mejor para Francia, y, persuadido de ello, cifró su empeño en continuarla.

Enrique IV había dicho: «Me parece bien que donde se hable la lengua española, sea propiedad de los españoles; y donde se hable la alemana, de los alemanes, pero todo lugar donde se hable francés, ha de ser mío.» Esto era señalar los límites de Francia.

Richelieu, que lo comprendió, dijo á su vez: «el objeto de mi ministerio ha sido este: restablecer los límites naturales de la Galia; identificar la Galia con Francia, y en todo lugar donde existió la Galia antigua levantar la nueva.»

Luis XIII dejó hacer á su Ministro, y este ya es un mérito. No es corriente que un monarca absoluto ceda por propia voluntad su puesto á otro hombre. Luis no se sintió con fuerzas para llevar la carga del Estado, y delegó en Richelieu. Abnegación noble y generosa, jamás desmentida.

El soberano consintió que el Cardenal fuese el fundador del poder de la Monarquía; aceptó el Gobierno en comandita, y reinando uno y gobernando el otro, prepararon el poder para un nuevo monarca que pudo, á un tiempo, reinar y gobernar.

Richelieu correspondió cumplidamente á la abnegación de su Rey, haciendo que sus actos de Ministro redundasen en gloria para el soberano. En sus palabras y en sus escritos siempre se ve el reconocimiento á Luis XIII, sin el cual nada hubiese podido hacer.

En su *Testamento Político* dice: Prometí á V. M. emplear toda la autoridad que tuvo á bien concederme.

Y así fue. Richelieu fue inflexible para cuantos atentaron al orden ó á la prosperidad de la nación.

De Richelieu son también estas palabras: «Suplico

á V. M. recuerde lo que muchas veces le he dicho: que es malo no poder hacerlo todo en persona, porque hay que sufrir que otro haga lo que uno no puede; y que ser capaz de dejarse servir no es de las más pequeñas virtudes que adornan á un gran Rey.»

Richelieu demostró con hechos sus dichos, y fue celoso servidor de Luis XIII, y trabajador incansable en la obra de engrandecer y glorificar su reinado. Nosotros —dice Agustín Thierry— que hemos cosechado el fruto de sus vigiliyas y de su abnegado patriotismo, debemos inclinarnos ante el hombre enérgico que dejó trazado el camino de la sociedad moderna.

XLII

Cuando Luis XIII estaba en el lecho de muerte, entró en la regia cámara el Delfín, que acababa de ser bautizado.

Preguntó el moribundo al niño que cuál era su nombre, y el chicuelo respondió: «Me llamo Luis XIV.»

El agonizante le replicó: «Todavía no, hijo mío; todavía no.»

Para dar por cierto este diálogo hacen falta pruebas.

El relato detallado del ayuda de cámara Dubois y las *Memorias* de La Porte, nada dicen del suceso.

Es lícito, pues, dudar de su exactitud, á pesar de Montglat y del P. Griffet.

Hemos llegado á los comienzos del gran reinado. Tocamos á la Fronda, hablemos de ella.

Durante una de sus más violentas crisis se ha supuesto que el presidente Matías Molé, hombre serio y no afectado, exclamó: «Hay gran distancia entre el puñal del asesino y el pecho de un hombre honrado.»

Para distancia grande la que hay entre lo anteriormente apuntado y lo que, en realidad, dijo Molé á los que le amenazaban: «Cuando me hayais asesinado sólo necesitaré seis pies de tierra.»

Nunca he creído que Luis XIV tomase posesión del Poder, entrando en el Parlamento en traje de caza y látigo en mano. Todavía puede tolerarse lo de que el monarca vestía casaca grana, sombrero gris y botas altas, porque estaba cazando en Vicennes; lo que no puede pasar sin protesta es la afirmación de que entonces fue cuando el Rey pronunció su célebre frase: «El Estado soy yo.»

De mi opinión es una autoridad histórico-crítica tan respetable como Mr. Chéruel.

Véase cómo se expresa el citado autor de la *Historia de la Administración monárquica en Francia*.

Se ha dicho que Luis XIV apareció en el Parlamento con traje de caza y látigo en mano, y que, á las observaciones que el Presidente le hizo en nombre de los intereses del Estado, contestó, diciendo: «El Estado soy yo.»

Los documentos auténticos de la época, en vez de relatar esta escena dramática, cuentan sencillamente que el Rey impuso silencio al Parlamento, pero sin altanería ni insolencia.

Chéruel, estudiando un *Diario* manuscrito, donde se refiere el suceso, nota que en él no se mencionan los detalles que después se han fantaseado.

El manuscrito termina la narración del hecho, diciendo: «S. M. se levantó precipitadamente sin que nadie dijese palabra, y volvió al Louvre, y de allí al bosque de Vincennes, donde estuvo parte de la mañana y donde el Cardenal estaba aguardándole.»

Así, pues, Mazarino esperó al Rey para saber, de la-

bios del soberano, lo ocurrido y para enterarse de cómo había dado el discípulo la lección que él mismo le había enseñado; el alumno no debió poner ni quitar punto ó coma en lo que el preceptor le encargó decir; siendo así, ¿es creíble que Mazarino le ordenase decir una frase que, como la de «El Estado soy yo», amenazaba tanto al Ministro como al Parlamento...? No. Entonces, aún no era Luis XIV el Estado; el Estado era siempre Mazarino (1).

XLIII

Al hablar de Mazarino hay que hablar de su conocida exclamación:

«Cantan, ya pagarán.» La exclamación es exacta y no tiene más comentario que esta definición de Chanfort: «Francia es un gobierno absoluto [dulcificado por las canciones.]»

Mazarino oía cantar y se distraía haciendo frases.

Suya es la dirigida á la hija de Gaston que, al hacer disparar el cañón de la Bastilla sobre las tropas del Rey, destruyó las esperanzas de contraer matrimonio con su augusto primo.

Mazarino dijo:—Ha matado á su marido á cañonazos.

Unida á la historia del Cardenal hay una intriga curiosa: los amores de Luis XIV con María Mancini, so-

(1) En un Tratado de Derecho público que Luis XIV inspiró á Torcy, para uso del Duque de Borgoña, se lee en la página primera: «La nación no es Francia, es la persona del Rey.» Tal vez de aquí se ha sacado la frase célebre del monarca. Inglaterra (véase *Rev. Britann.*, pág. 254, Mayo de 1851) sostiene que la frase en cuestión la pronunció por vez primera su Reina Isabel.

brina de Mazarino. La aventura acabó en separación en vez de concluir en boda, como el Rey deseó algún tiempo.

Cuéntase que María, muy afligida, se despidió diciendo:—Me amais, sois Rey y me marchó.

La despedida corrió de boca en boca hasta que Bayle, sin cuidarse de ternezas, demuestra su ninguna autenticidad.

—El Cardenal—dice el autor citado—casó á su sobrina con el Duque de Colonna. El Rey llora, grita y se desespera. La separación se impone, y la bella al alejarse, exclama:—Llorais, sois Rey, y sin embargo yo soy desgraciada y marchó.

Cuando María Mancini—añade Bayle—salió de Francia, para casarse en Italia con el Duque de Colonna, sus amores con el Rey habían pasado y no es posible que conservase esperanzas. Hacía más de nueve meses que el monarca había contraído matrimonio con la Infanta María Teresa.

Bayle cita, en confirmación de su dicho, las «Memorias» escritas por María Mancini.

Pero el crítico olvida algo importante, á saber, la primera separación de los enamorados, en 1659, cuando Luis va á los Pirineos á buscar á su esposa, y María—por orden de su tío—va desterrada á Brouage. En esa despedida pudieron cambiarse ternezas y juramentos sin fin.

Es verdad que ni María Mancini, ni su hermana Hortensia, hablan en sus «Memorias» del referido adiós. Tampoco lo recuerda Mlle. de Montpensier.

En cambio Mad. de Motteville, refiriendo el suceso, transcribe la frase auténtica, de sencillez encantadora.

«Consintió el Rey en la separación y con lágrimas en los ojos vió marchar á Brouage á su amada María.

Esta, viendo llorar á Luis, no pudo contenerse y le dijo:
¡Llorais, siendo el dueño!

Cuando Racine, hábil cortesano, escribió la tragedia *Berenice*, para contar otra contrariedad amorosa de Luis XIV, quiso recordar el primer amor del soberano y á cambio de hacer un mal verso, colocó en la escena V del acto IV la frase antecitada.

Bereniza—que es á un tiempo María Mancini y Enriqueta de Inglaterra—dice á Luis XIV—es decir á Tito:
—¡Sois el Emperador y estais llorando!...

XLIV

Bayle ha hecho bien en dudar de la exactitud de algunas cuchufletas, que se han atribuído, caprichosamente, á Luis XIV.

El gran Rey sabía de sobra lo que significaba una sátira hecha por él, y, por bondad y por dignidad, si alguna vez pensó en satirizar, jamás hizo público su pensamiento.

Mr. de Levis dice en sus *Recuerdos*: Los cortesanos viejos recuerdan haberle oído un chiste, pero nunca recuerdan dos.

¿Era impotencia imaginativa ó moderación de ingenio? Lo uno y lo otro.

El Rey, como afirma Bussy, gustaba de la sociedad, pero tenía miedo á las familiaridades. Las cosas más risibles apenas si le hacían sonreír.

Una sonrisa del monarca era un acontecimiento tan notable que merecía ser anotado por Saint-Simon en sus *Memorias*.

El hablar poco, le hacía aparecer más ingenioso.

Cuando encontraba una frase agradable, la repetía siempre que hallaba ocasión.

—Señora—dijo á Mad. Scarron, entregándole la orden para el cobro de su pensión—mucho os he hecho esperar; pero tenéis tantos amigos, que he buscado el mérito de no serlo para vos.

El Cardenal Fleury dijo que Luis XIV, al nombrarlo Obispo de Fréjus, le cumplimentó en los mismos términos que á Mad. Scarron.

No hay que dar crédito á todas las frases que se dice fueron pronunciadas por este soberano.

En la *Menagiana*, se asegura que dijo á un cortesano ofendido: «Como amigo, os ofrezco mi brazo; como señor, os prometo justicia.»

La frase es de Enrique IV, y está dirigida á Duplessis-Mornay, en ocasión de haber recibido un ultraje del joven Saint-Phal.

Al espirar su esposa, dicen que Luis XIV exclamó: «El cielo me arrebató una esposa que sólo me ha dado un disgusto: el de morir.»

Vieja la idea y vieja la frase. Si el Rey la hubiese dicho, sería un plagiario de estos versos de Maynard:

«Su muerte, que mi vida ha lacerado,
Su muerte que extinguió mis alegrías,
Es el primer pesar que me ha causado.»

No creais que Luis XIV dijo á Boileau, al leer su carta sobre *El paso del Rhin*: «¡Bellísima! Yo la elogiaría más, si me hubiéseis elogiado menos.»

La frase—que nunca cita Boileau—está copiada, palabra por palabra, del prólogo de las *Memorias* de la Reina Margarita. Se sabe que es una dedicatoria de la Reina á Brantome, para agradecerle el capítulo de alabanzas que éste le dedicó en sus *Damas ilustres*, olvidan-

do que la Reina Margot debió figurar entre las *Damas galantes*.

—Elogiaría más vuestra obra—dijo Margarita á Brantome—si en ella se me elogiase menos.

XLV

A propósito del paso del Rhin, si Luis XIV hubiese sido sincero no hubiese agradecido mucho los elogios de Boileau.

El Rey sabía á qué atenerse en el asunto. Aunque brillante, la realidad, comparada con la descripción del panegirista, debía antojársele una parodia.

Un ejército vadeando un río por su parte más estrecha, bajo el fuego de una casucha mal defendida; un jefe, el príncipe de Condé, que, á causa de la gota, teme mojarse los pies, y pasa el río en una barca, en vez de franquearlo á caballo; y un Rey que hace menos aún que el príncipe gotoso, ¿merecen versos epopéyicos?

Con razón afirmaba La Harpe que siempre se exagera.

«¡Perdón—escribía Voltaire al presidente Henault, en 1.º de Febrero de 1752—perdón, por haber dicho que hubo que nadar cuarenta ó cincuenta pasos al atravesar el Rhin! ¡Fueron doce solamente! Pelisson lo ha dicho, y además conozco á una mujer que ha pasado más de veinte veces el río por el famoso vado para entrar contrabando, sin ser vista por los aduaneros del terrible fuerte de Tholus.»

La fortaleza de Schenk, ponderada por Boileau, es un mal castillejo que pudo servir de defensa allá en los buenos tiempos del Duque de Alba.

La falta de peligro en el paso del Rhín hizo que todos lamentasen que el Rey en persona no hubiese realizado la hazaña.

¡Qué pérdida tan grande para el capítulo de los heroísmos!

Ridícula, por ser falsa, resulta la oda de Boileau al sitio de Namur. Sitio célebre y *memorable* por lo que de él se ha dicho.

Allí estuvo el Rey y, aunque no ganó batallas, dió motivo para que los poetas cantasen hazañas fantásticas.

Luis XIV estuvo enfermo con un ataque de gota durante el sitio de Namur, y esa enfermedad—citada en unos versos por Mad. Deshoulières—fue una providencia para el ejército, que se pasaba los días y las semanas tranquila y sosegadamente.

Mientras Boileau mentía con galanura rítmica, los cómicos italianos se burlaban en sus farsas del sitio de Namur.

Isabel le preguntaba á Arlequín que de dónde venía tan enlodado, y al contestar éste que de Namur, como Isabel tratase de averiguar el cargo que desempeñaba en el ejército, Arlequín replicaba muy ufano: «Mando en jefe el destacamento de carretillas que toman por asalto el lodo del campo.»

XLVI

Podría—ya que he esfumado algo los tintes brillantes de la historia del gran Rey—ofrecer un desquite á la historia del reinado de Luis XIV, apresurándome á tachar de una plumada la novela del incendio del Pala-

tinado por Turena. Novela inventada desahogadamente por Sandras de Courtilz.

Pero la novela ha sido impugnada y deshecha de un modo tan completo por el Conde de Grimoard—en su *Historia de las últimas campañas de Turena*,—y por Voltaire—en su carta á Collini, 21 de Octubre de 1767,—que nada tengo que añadir á las razones y argumentos de los escritores citados.

Sandras de Courtilz escribió su novela ó por odio al monarca ó por amor al oro alemán, que seguramente cobró por hacer odiosa la política de Luis XIV.

De Courtilz puede afirmarse que ha sido el hombre más funesto para la verdad, de cuantos han escrito y no escrito.

Con decir que es el inventor de la *novela histórica*, está dicho todo.

A esta escuela pertenecieron: el inventor de las extraordinarias aventuras de *La Máscara de hierro*—supuesto hijo de Mazarino y de Ana de Austria, ó hermano gemelo de Luis XIV;—el autor de la repentina conversión del abad de Rancé, ante el cuerpo decapitado de Mad. de Mombazon; el engalanador de la historia del músico Stradella, en la que sólo hay de verdad la muerte del artista, que fue natural sin intervención de asesinos; el fantaseador de la descabellada anécdota que supone á San Vicente de Paul sustituyendo á un presidiario en un calabozo de Tolón, y mil y mil otros cultivadores de la impostura y de la novela que quiere ampararse con el sobrenombre de histórica.

XLVII

Voltaire—en su carta á Collini, acerca del incendio del Palatinado,—dice: «Los historiadores no tienen reparo en hacer hablar á sus héroes. Yo no apruebo en Tito Livio lo que aplaudo en Homero.»

Muy bien pensado y muy bien dicho.

Pero, ¿por qué Voltaire habla por boca de Luis XIV?

¿Por qué escribe, con mucho desenfado, en el capítulo XXVIII del *Siglo de Luis XIV*?

«Cuando el Duque de Anjou se despidió para ir á reinar en España, él (el Rey) le dijo, para expresar la unión que iba á empezar en ambas naciones: «Ya no hay Pirineos.»

Voltaire al escribir á Collini debía haber leído el *Diario de Dangeau* y debía saber la verdad acerca de la citada frase, que ni fue hecha en la ocasión en que él afirma, ni fue pronunciada por Luis XIV.

Dangeau, que se enteraba de todo y nada olvidaba, dice—con fecha 16 de Noviembre de 1700,—que el nuevo Rey de España permitió que algunos cortesanos jóvenes le acompañaran á su Estado. Y el mismo Dangeau—que no presta ingenio á reyes ni á súbditos,—asegura que «el Embajador de España, al tener noticia de la autorización dada por el monarca, exclamó: «Hoy se han hundido los Pirineos.»

Hay que suponer que el Rey no iba á copiar el dicho de su Embajador.

Mad. Genlis da por hecho que la frase no es del soberano. Voltaire, sin embargo, copia las palabras del Embajador añadiendo: «son más hermosas las pronunciadas por Luis XIV».

Verdad es que Voltaire hubiera tenido á menos renunciar á su convicción aceptando el testimonio de un «lacyon», como llama á Dangeau.

En esta ocasión no es aplicable por entero á Voltaire el juicio intencionado de Mad. Deffaud. —Voltaire nada ha inventado—dijeron ante ella.—¡Nada!—replicó,—¿qué más quiere usted? Ha inventado la historia.

Ahora, al menos, no inventó; se contentó con arreglar á capricho.

Cierto que, como J. J. Rousseau, puede contestar á los que le tachan de fantaseador: «No escribo para decir verdades, escribo para que me lean».

Voltaire evitó casi siempre incurrir en las burdas falsedades en que incurrieron su imitadores y arregladores.

Así, cuando narra la jornada de Friburgo, tiene buen cuidado de no decir que el Príncipe, entonces Duque de Enghien, arrojó á los atrincheramientos su bastón de mariscal. Sabía bien que un Príncipe de la sangre ni podía ser, ni fue Mariscal de Francia. Se limitó á decir: «.....arrojó su bastón de mando» y mejor hubiera sido que dijese «arrojó su bastón». De este modo hubiese evitado que los historiadores poco escrupulosos y los comentaristas audaces, hicieran del Príncipe un Mariscal.

¶ Enemigo de que los historiadores hagan hablar á sus historiados, Voltaire se abstuvo de repetir la arenga que se dice dirigió el Príncipe de Condé á sus tropas, antes de la batalla de Lens: «Acordaos de Rocroy, de Friburgo y de Nordlingen.»

Mad. de Motteville—recogiendo el relato del Conde de Chatillon—reproduce la auténtica arenga, que fue esta:

«Amigos, mucho valor; mucho hace falta para pelear

hoy: será inútil retroceder; porque os prometo que, valientes y no valientes, todos han de luchar, unos de grado y otros por fuerza.»

De Condé á Turena hay poca distancia; y de Turena á Villars tampoco hay mucha. Aprovecho la ocasión para hablar de dos frases; una exacta, falsa la otra.

Mucho tiempo he dudado de que Mr. de Saint-Hilaire, á quien llevó un brazo la misma bala de cañón que mató á Turena, hubiese tenido alientos bastantes para decir á su hijo—que lloraba viendo la horrible herida de su padre:

—Hijo, por mí no hay que llorar: hay que llorar por la muerte de ese hombre insigne.

Mi duda se disipó leyendo el relato que hace el hijo de Saint-Hilaire, en sus «Memorias.»

En cambio, siempre me pareció falsa la frase atribuída á Villars. Dice Sainte-Beuve que Villars murió el 17 de Junio. El sacerdote que le auxiliaba le dijo que Dios, dándole tiempo para reconciliarse, le favorecía más que á Berwick, que acababa de morir de un balazo en el campo de Philisburgo. «¡Ha muerto!—gritó Villars—siempre dije que ese hombre era más afortunado que yo.»

Habiendo muerto Berwick el 12 de Junio, á gran distancia del lugar en que falleció Villars, resulta materialmente imposible que éste pudiera recibir la noticia y pronunciar la apuntada frase.

Sainte-Beuve, bondadosamente, dice que la frase está tan en armonía con el carácter de Villars que, aunque no la dijo, debió de decirla.

XLVIII

Un día que no estuvieron muy exactos para con él, Luis XIV dijo: «¿Tendré que esperar?»

La frase no es verosímil, teniendo en cuenta que en casos análogos el Rey dió pruebas de paciencia.

«Esta mañana (17 de Julio de 1690)— dice Dangeau—S. M. ha concedido audiencia al Embajador de Portugal, el cual se ha hecho esperar más de una hora, sin que el Rey diese muestras de impaciencia.»

Por si no basta una, allá va otra prueba de la paciencia y de la bondad de Luis XIV.

Cuenta Racine en sus *Fragmentos históricos*: «Un portero del parque, que sabía que el Rey había de salir por aquella puerta, se distrajo y hubo que buscarle; en ello se empleó buen rato. Al fin llegó corriendo el pobre hombre, entre los denuestos de todos. El Rey dijo:

—¿Por qué le regañais? ¿Creéis que no tiene bastante con el disgusto de haberme hecho esperar?»

Las impacencias y las vivacidades de carácter no convienen con la idea que se tiene de Luis XIV. Apenas si se recuerdan de él dos arrebatos de cólera. Uno cuando arrojó su bastón por la ventana para no apalearse á Lauzun; el otro cuando sorprende á un ayuda de cámara robando un bizcocho.

Cuando el Embajador de Inglaterra se quejó en 1714 de las obras que, á pesar de los tratados, se estaban haciendo en el puerto de Mardick, cuentan que el Rey, encolerizado, dijo:

—Señor Embajador, siempre he sido el amo en mi casa y alguna vez en la ajena; no hagáis que lo recuerde.

Estas palabras jamás fueron pronunciadas por Luis XIV.

Boileau, en carta á de Losme de Mouchesnay, dijo: «Un gran Príncipe, que ha representado muchas obras teatrales, ha renunciado á su afición después de asistir á la ejecución de *Británico*, de Racine, obra en la que pone de manifiesto el disgusto de Nerón al verse en escena.»

Boileau aludía á Luis XIV, y todos recogiendo la alusión dijeron que el monarca, por obra de Racine, había renunciado á representar en el teatro. *Británico* se estrenó á últimos de 1669, y ya hacía un año que el Rey no había aparecido en la escena. La última vez que representó lo hizo casi á regañadientes. Así, pues, la producción de Racine nada influyó en la conducta del monarca.

Conviene también desvanecer la creencia de que Racine murió apesadumbrado por haber incurrido en el enojo de su Rey.

Se ha dicho que, aunque poco tiempo, el soberano demostró mucha frialdad al poeta, y que éste, afectado por la actitud de Luis XIV, enfermó y falleció de pena.

Lamartine, con notoria injusticia, afirma que Racine murió como había vivido... *adulando*.

Racine murió de pena... y de un fuerte ataque al hígado (1).

(1) No estará demás anotar que Luis XIV ni tomó por emblema al sol, ni hizo suya la divisa: *Nec pluribus impar*. Divisa y emblema fueron ideados por Douvrier, con ocasión del famoso *carrousel*; el Rey se resistió á usarlos, y si los usó fue obligado por los elogios que se le hicieron, al ser conocidos por una indiscreción del heraldista.

Nec pluribus impar es un recuerdo del lema de Felipe II, que reinando en dos mundos pudo exclamar: «El sol no se pone en mis dominios.»

XLIX

Se ha querido atribuir á Luis XIV la frase ¡*El pobre hombre!* hábilmente encajada por Molière, en una de las primeras escenas de *Tartuffe*.

La publicación de las *Historietas* de Tallemant des Reaux, ha dado á conocer una anécdota, en la que aparece la frase en boca del P. José, que fue el que la pronunció.

Al hablar de Molière, conviene desmentir una frase que, pasando por suya, nunca dijo el poeta-actor.

Se asegura que, al anunciar al público que se había prohibido la representación de *Tartuffe*, Molière exclamó: «El señor presidente no quiere que lo representemos.»

Tascherau ha demostrado que Molière no hizo este equívoco—verdaderamente sangriento—que hubiera ido á molestar al magistrado Lamoignon, gran protector de las letras y amigo de Boileau y de Corneille.

La frase nació en Madrid, con motivo de la representación de una comedia, titulada *El juez*, y se repitió por Florian—aludiendo al Duque de Penthièvre—al ejecutarse *Buen padre*, en el teatro del castillo de Sceaux.

Hay otra frase de Molière, que ha hecho fortuna entre los plagiarios, que la han desfigurado por la cuenta que les tenía.

«Tomo mis bienes donde los encuentro.» Esto se ha hecho decir al poeta, dándole patente de corso y autorizando así el robo literario.

No. No fue eso lo que Molière dijo. El gascón Cyrano, condiscípulo é imitador de Molière, aprovechando

una ausencia de éste, estrenó *El pedante burlado*, comedia en la que intercaló escenas inéditas de Molière.

Calló Molière prudentemente, hasta que un día, representando *Las marrullerías de Scarpín*, colocó en esta obra las escenas que Cyrano le había plagiado para *El pedante*.

Como la obra se ejecutó en el mismo escenario en que se había ejecutado la del plagiario, todos se dieron cuenta de lo ocurrido, y entonces Molière dijo: «Recupero mis bienes donde los encuentro».

Recupero, no tomo, eso dijo el actor-poeta. Aprendanlo bien los que merodean en el Parnaso.

L

Las damas del tiempo de Luis XIV hicieron muchas y muy bonitas frases.

Sólo hablaré de las auténticas.

Paso por alto las palabras que se supuso dijo Madama de Maintenón, junto al lecho de muerte de Luis XIV (1). Palabras indignas que, con intención perversa, da por auténticas Saint-Simon, y que han sido desmentidas con argumentos incontestables por Mr. de Monmerqué.

Recordaré algunos dichos notables de Mad. Cornuel.

De ella—no de Mad. Sevigné—es la definición de los Generales que sucedieron en el mando al héroe muerto en Saltzbach y que, siendo diez, no reemplazaban al difunto:—*Son la calderilla del cambio de Turena.*

(1) «El Rey dijo agonizando —Pronto nos veremos.—Y la Marquesa murmuró por lo bajo.—Bonita despedida de un hombre á quien sólo amé por lo que era.»

También de Mad. Cornuel es la exclamación: «No hay hombre grande para su ayuda de cámara.»

Más propia de Mad. de Sevigné parece la frase anterior que la que vamos á transcribir.

«Racine pasará de moda, como el café.»

¿Dijo esto Mad. de Sevigné? Nunca. Montmerqué, Saint Surin, Aubenas y Géruzez, lo demostraron perfectamente.

Mad. de Sevigné escribía en 16 de Marzo de 1672: «Racine no hace comedias para los siglos venideros; si insiste en la nota amorosa, su obra será siempre la misma.....»

Cuatro años después, el 10 de Mayo de 1676, dirigiéndose á su hija le decía: «¿Vuelves de nuevo á tomar café? Ya te cansarás...»

Cuarenta años estuvieron tranquilamente las cartas, sin que nadie alterase su significación, hasta el día en que Voltaire, uniéndolas á su gusto, dijo: «Mad. de Sevigné cree que Racine no pasará á la posteridad, porque juzga que es como el café, que pasará pronto de moda.»

De este arreglo de Voltaire, sacó La Harpe la frase de «Racine pasará como el café», y la dió por dicha por la ilustre escritora.

Adviértase que Mad. de Sevigné fue entusiasta admiradora de Racine.

Tan injusta como la anterior, es otra frase que Walckenaër supone dicha por la Marquesa.

Acababa de firmar el contrato de boda de su hija con el Conde de Grignan. Cuando se enumeró la dote, que era muy cuantiosa, dijo la Marquesa: «¿Cómo? ¿Tanto dinero hay que dar para que Mr. de Grignan duerma con mi hija?» Después de breve reflexión, Mad. de Sevigné volvió á decir: «Pero como ha de dormir hoy, mañana,

pasado y todas las noches, no es mucho dinero para semejante sacrificio.» Poco tardó en probarse la falsedad de la anécdota, que inventó Walckenaër. Falsa es, en absoluto, la frase que se ha dicho dirigió Lauzun á su esposa: «¡Luisa de Orleans, quítame las botas!»

En el reinado de Luis XIV hay un detalle curioso. La nobleza adoró al monarca, la burguesía y el pueblo le odiaron. Pues bien, todos los elogios que se han hecho del gran Rey, han brotado de labios de burgueses y de plebeyos, y todas las maldiciones han salido de la nobleza. ¿Por qué? Tal vez por el empeño de Richelieu de igualar ante la ley á todas las clases sociales. Sin embargo, Colbert, prosecutor de la misma obra, no supo implantar reforma que no produjese una revolución.

Hace cien años pasó como axioma el juicio de Voisenon: «Enrique IV fue un gran Rey, Luis XIV fue monarca de un gran reino.»

Hoy ya se conviene en que Enrique IV y Luis XIV fueron dos Reyes grandes.

Voltaire lo ha expresado felizmente: «Con todos sus defectos, fue un gran Rey; su siglo es un gran siglo.»

¿Y qué decir del Regente? Reconozcamos que él y su primer Ministro, Dubois, valieron más que la reputación que les han dado los historiadores.

LI

Llegamos á Luis XV. Se le han atribuído frases que pudo decir, pero que no dijo porque este monarca fue casi mudo. Perezoso para el dicho como para el hecho, tuvo una debilidad de carácter rayana en la timidez.

Mucho influyó en ello su educación. El Regente le

ponderaba las ventajas de ser discreto para hacerse respetar. El Regente propuso á la Academia que abriese un concurso sobre el tema «La discreción de los príncipes»; y el Regente encareció á los embajadores que alabasen la discreción en cuantos despachos dirigieran al Consejo de Regencia.

El Rey niño entendió la advertencia y la obedeció por respeto al Regente y por ser dócil por naturaleza.

Después, sus profesores no se cuidaron gran cosa de cultivar el ingenio del joven soberano.

Recuerdo una frase de Luis XV. Al regresar de un viaje filosófico, á Londres, Mr. de Lauraguais, el Rey le preguntó:—¿A qué habeis ido por allá?—Lauraguais contestó:—Señor, á aprender á pensar—Los caballos...—dijo por lo bajo el monarca.

El príncipe de Ligne niega que el Rey la dijera. Una carta de Beaumarchais, al propio Lauraguais, da por cierta la frase. ¿A quién creemos?

Se ha referido que el pintor La Tour se permitió decir á Luis XV:—No tenemos marina.—Y se agrega que el Rey contestó:—¿Y las que pinta Vernet?...

Es cierto que La Tour—haciendo el retrato de Madame de Pompadour—se permitió decir ante su Rey que los ingleses habían destruído la escuadra francesa y que Francia no tenía marina de guerra.

Pero también es cierto que el Rey, avergonzado, nada contestó á la imprudente observación del pintor.

—¡Después de nosotros el diluvio!—exclamó Mad. de Pompadour, barruntando en el horizonte monárquico la nube precursora de la tormenta revolucionaria.

La frase se atribuyó á Luis XV, tal vez por suponer que el Rey, más penetrado de la situación de su reino, podía condensar en tan acertado juicio su opinión acerca del presente y del porvenir de Francia.

Dudé del dicho de Luis XIII, acerca de la ejecución de Cinq-Mars. He querido dudar de las palabras con que Luis XV se despidió de su favorita, cuando muerta la llevaban, en un día de lluvia torrencial, desde Versalles á París:—«La Marquesa ha elegido mal día para viajar.»—Desgraciadamente, la *despedida* es exacta y los datos que conozco, del carácter del Rey, la hacen muy verosímil.

Massillon, en su *Memorias de la menor edad*, dió á Luis XV—por espíritu de oposición á los consejos del Regente—sanas y útiles enseñanzas, respecto al arte de bien decir, como medio de gobierno.

Trabajo inútil. Luis XV continuó hablando poco, hasta el extremo de que su mutismo fue interpretado como falta de entendimiento.

La Harpe dice que en las cortes de Europa se divertían mucho repitiendo las tres ó cuatro preguntas que invariablemente dirigía Luis XV á todo representante extranjero que llegaba á su presencia. Las preguntas eran siempre idénticas para todos.

Confirmando el dicho de La Harpe, refiere Chamfort, entre otras, la anécdota siguiente:

«El Rey de Prusia preguntó á de Alembert si había visto al Rey de Francia.

—Si, señor. Al presentarle mi discurso de recepción en la Academia francesa.

—Y bien—interrogó el monarca prusiano,—¿qué os ha dicho?

—Señor, no me habló.

—¿Pero habla con alguien?...—exclamó Federico.»

Luis XV halló alguna que otra vez una frase satírica. Jamás encontró palabra bondadosa ó galante.

Cuando Richelieu volvió á la corte, después de la toma de Mahon, Luis XV le saludó diciéndole:—Mariscal,

¿habeis sabido el fallecimiento del pobre Lansmatt?..
¡Lansmatt era un antiguo ayuda de cámara!

También Chamfort refiere esta otra anécdota, en la que el Rey no desempeña papel:

«El príncipe de Charolais sorprendió á Mr. de Brissac en casa de su amante, y le dijo:—¡Salid!—Mr. de Brissac contestó:—Vuestros abuelos hubieran dicho: «¡Salgamos!»

La frase es valiente, es propia de un Cossé-Brissac y es auténtica á juzgar por los testimonios de Mad. Campan y Mad. Necker. No ha faltado quien diga que la frase es del conde de Horn, dirigiéndose al Regente; otros, entre ellos Alejandro Dumas—en su comedia *Las señoritas de Saint-Cyr*—colocan el dicho en labios de Mr. de Saint-Herem, desafiando á Felipe V.

LII

Se ha dudado por algunos de la autenticidad de la frase tan caballeresca, tan francesa, que el Conde de Auteroches, teniente de granaderos, dirigió á Lord Hay y á la guardia inglesa, el día de la batalla de Fontenoy: «Señores ingleses, disparad los primeros».

Alexis de Valon no daba crédito á la frase.

Yo la tuve por exacta y por real, recordando el hecho que la determinó.

Se encontraron frente á frente los ejércitos. Lord Hay, avanzando, gritó: «Disparad, señores soldados de Francia».

Mr. de Auteroches marcha entonces al encuentro de Lord Hay y, saludándole con la espada, dice: «Señor, nosotros jamás comenzamos el fuego. Disparad primero vosotros».

Esto era tradicional en el ejército. Por cortesía se dejaba al enemigo la ventaja del primer disparo.

La nación que estableció esta costumbre caballerosa tiene tanto derecho á la gloria del suceso, como el bizarro oficial que puso en práctica la tradición.

Auteroches no es célebre sólo por esa frase.

El fue el que, refiriéndose al sitio de Maestricht, contestó así á uno que decía que la plaza era *inconquistable*: «Esa palabra, señor, no es francesa».

Esto mismo se ha dicho después aplicándolo á la palabra *imposible*.

LIII

Podría admitir sin reparo lo que se cuenta de la abnegación del caballero de Assas.

Pero nada se pierde con disentir un poco.

Habla Grim: He estado en el campo de Reimberg el día del combate, célebre por el heroico proceder de un soldado francés.

La frase «á mí, los de Auvernia, aquí está el enemigo», fue pronunciada por el valiente Dubois, sargento de dicho regimiento. Por error, casi inevitable en día de batalla, se atribuyó el grito á un joven oficial llamado de Assas. Mr. de Castries se equivocó, como otros muchos. Pero cuando acabó la lucha y el príncipe heredero se vió obligado á atravesar nuevamente el Rhin y á levantar el sitio de Wesel, informes fidedignos dijeron que de Assas no entró solo en el bosque, sino que le acompañaba Dubois, sargento de su compañía. Este fue el que exclamó: «A nosotros, los de Auvernia; aquí está el enemigo.»

Dubois y de Assas cayeron heridos al mismo tiempo.

Dubois murió en el acto; no así el caballero de Assas, que, herido, repitió ante testigos: «¡Muchachos! No fui yo el que gritó, fue Dubois.»

Cuando regresé á París todos alababan á de Assas, y nadie se acordaba de Dubois, que hasta se dijo no había existido.

Se ha discutido mucho el relato de Grim. Lo confirmé, en sus *Memorias*, Lombard de Langres, hijo de un sargento primero del regimiento de Auvernia, testigo presencial del hecho.

La familia del caballero de Assas procuró recabar para éste la gloria del suceso, callando hasta el nombre de Dubois.

Se invocó la declaración de Mr. de Rochambeau, coronel del citado regimiento; esta declaración, hecha después que oficialmente se había consagrado el nombre de Assas, como héroe de Reimberg, no tiene valor, porque no era posible que el coronel desmintiese hechos ya autorizados por todos, incluso por él.

¿Qué debemos creer?

Creo que Dubois fue el héroe; pero creo que también lo fue de Assas; que heroísmo es renunciar, como él lo hizo, á la gloria que le atribuían, cediéndola á favor del soldado ya muerto.

El 12 de Julio de 1862 me escribe Adriano de La Roque, nieto de Racine, diciéndome:

«Un pariente mío, oficial de alta graduación en el regimiento de Auvernia, en la época de la batalla de Clostercamp, (la de Reimberg), ha referido siempre que el sargento Dubois sólo tuvo tiempo para gritar: ¡A mí!...

LIV

No era Luis XVI más elocuente ni más ingenioso que su antecesor; pero tenía conciencia de su inferioridad, sabía las dotes de que estaba falto y procuraba suplirlas.

Durante algún tiempo tuvo, por bajo de cuerda, para su uso particular, una especie de ingenio de oficio que, calculando dónde y cuándo debía hablar el Rey, le preparaba frases y le enseñaba respuestas.

Este ingenio de cámara fue el Marqués de Pezay, que recibía por sus buenos oficios una pensión anual de 6.000 libras.

Luis XVI, en los días de gran solemnidad, contaba con Pezay del mismo modo que los actores con el apuntador.

El Príncipe de Ligne ha dado á conocer algunas de las cartas-lecciones que Pezay escribió á S. M.

Las cartas iban en forma de diálogo, con las respuestas á continuación de las preguntas.

«Señor, ya que V. M. no puede reinar por la gracia que la Naturaleza le negó, debe procurar imponerse por una gran severidad de principios. V. M. irá pronto á unas carreras de caballos; allí verá á un Notario levantando acta de las apuestas que hacen el Conde de Artois y el Duque de Orleans. Cuando lo vea, diga V. M.: ¿Para qué sirve este hombre? ¿Hace falta escribir entre caballeros? La palabra es bastante.»

«Cuando llegaron las carreras fuí á ellas—dice el Príncipe de Ligne—y oí al Rey recitar la lección aprendida, mientras todos exclamaban: ¡hermosa frase ha hecho el Rey!»

En una época en la que el ingenio era el todo, el recurso de Luis XVI teniendo á sueldo al Marqués de Pezay, no es muy censurable.

Además, que este monarca no fue el primero que acudió á inspiraciones ajenas.

Ana de Austria tuvo por mentor á Mazarino, y Luis XV—según refiere Chamfort—á pesar de su pereza, estudió y aprendió papeles, con gesto y entonación marcados de antemano.

«En tiempo de Mr. de Machaut—dice el citado escritor—se presentó al Rey el proyecto de formación de un Consejo pleno, tal y como después se quiso constituir. Todo se arregló entre el soberano, Mad. de Pompadour y los ministros. Se dictaron al Rey las respuestas que había de dar al primer presidente y se le explicó y detalló bien su papel en una Memoria que decía así: «Aquí el Rey adoptará un aire muy grave: aquí el Rey fruncirá las cejas: aquí el Rey hará este gesto, etc...» La citada Memoria se conserva.

La Duquesa de Angulema tampoco se distinguió por el ingenio en la palabra. Lo sabía, y, por temor á no hablar bien, callaba. Su silencio se interpretaba como muestra de desagrado y daba ocasión á quejas y á disgustos.

Después de la guerra con España, los ministros fueron un día á cumplimentar á la Duquesa, que tuvo para cada uno una frase amable, excepto para el Ministro de Negocios Extranjeros, Mr. de Chateaubriand, al cual dedicó solamente una sonrisa.

Chateaubriand se lamentó del hecho y su lamento llegó, por Mad. de Recamier, á Montmorency, y por el Duque hasta la interesada, que al saberlo exclamó: «¡Qué vamos á hacer! Chateaubriand no es un cualquiera. Un cumplimiento vulgar no le basta. Hay que ha-

blarle con ingenio ó callarse. Busqué una frase ingeniosa, no la hallé y preferí expresarle mi gratitud con una sonrisa».

Esta explicación no dejó completamente satisfecho á Chateaubriand.

LV

Entramos en la Revolución.

Para llenar á conciencia mi tarea en este período, necesitaría un libro entero.

No hace falta menos para estudiar uno por uno dichos y hechos, analizándolos, cribándolos y separando lo falso de lo cierto.

Aún no ha sonado la hora de acometer ese trabajo crítico. No está suficientemente maduro ese tiempo para ser estudiado por los historiadores de la generación presente.

El cuadro está muy cerca, y nosotros no estamos colocados en sitio á propósito para verlo y fijarnos en todos los detalles con el esmero que esta labor exige.

La Historia tiene vista de présbita; ve mejor de lejos que de cerca. La Revolución no está todo lo distante que hace falta para ser examinada convenientemente.

Limitemos, por ahora, la tarea á apuntar de paso algunos hechos y algunas frases que han alcanzado celebridad.

¿Dijo Barnave en la sesión de la Asamblea Nacional del 23 de Julio de 1789, después de la muerte de Foulon, esta frase horrible: «La sangre que acaba de derramarse, ¿era, acaso, pura?»

Sí, desgraciadamente (1) la frase es de Barnave, y ni él, ni Sainte-Beuve, ni nadie, pudo quitarle ese estigma que, hasta las gradas del cadalso, pesó sobre él como un remordimiento.

El día en que Barnave fue llevado al patíbulo, dos hombres de alguna edad, decentemente vestidos, estaban subidos sobre un guardacantón, cerca de la Conserjería y próximos á la carreta en que el condenado iba á ser conducido á la guillotina. Aquellos hombres, aprovechando un momento de barullo, para no ser reconocidos, dijeron al reo:

«Barnave, la sangre que corre, ¿acaso es pura?»

En otro género, auténtica es la hermosa exclamación de Mr. de Montlosier. Hela aquí:

«Si se arroja á los prelados de sus palacios, se refugiarán en la choza del pobre, á quien socorrieron; si les arrebatan su cruz de oro, tomarán una cruz de madera; que una cruz de madera fue la que salvó al mundo.»

(1) Confieso que me equivoqué cuando supuse que la frase se pronunció con motivo de una carnicería hecha en los colonos de Santo Domingo.

Aprovecho la ocasión para rectificar una frase hecha con referencia á asuntos coloniales. En la sesión del 15 de Mayo de 1857 se dijo que las medidas que favoreciesen á los negros, disgustarían á los colonos y provocarían un conflicto. «Sí—exclamó un orador—el conflicto estallará, porque es preciso sacrificar el interés ó la justicia. *Y es preferible sacrificar las colonias á sacrificar el principio de justicia.*» Esta es la frase. Algunos han afirmado que fue Robespierre el que la pronunció. No es cierto, el orador fue Dupont de Nemours.

LXVI

Por auténtica se tuvo la frase de Mirabeau á Mr. de Dreux-Brezé:—*Id á decir á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que sólo saldremos á bayonetazos* (1).

Una discusión suscitada el 10 de Marzo de 1833, en el Parlamento, ha rectificado la frase.

Aludido por Mr. Villemain, habló el Marqués de Dreux-Brezé, diciendo:

—Enviado por el Rey, fue mi padre á pedir la disolución de la Asamblea Nacional. Entró, como debía, con el sombrero puesto, porque iba á hablar en nombre del Rey. Así lo hizo constar. Mirabeau, no le dijo: «Id á decir á vuestro amo, etc.....» Este lenguaje no se hubiera tolerado entonces, ni se toleraría hoy. Lo que Mirabeau dijo á mi padre, fue: *Estamos reunidos por voluntad de la nación; solo nos disolveremos por la fuerza.* Mi padre exclamó entonces: «Yo reconozco en Mr. de Mirabeau al diputado por Aix, pero no al órgano de la Asamblea.» Entonces el tumulto creció hasta rayar en el escándalo y mi padre se marchó.

Otro de los grandes efectos oratorios de Mirabeau fue el que obtuvo con esta frase, hecha sobre una inexactitud, en la sesión del 13 de Abril de 1790: «Veo desde aquí la ventana desde la cual se disparó el arcabuzazo

(1) El origen de la palabra bayoneta, sépalo el P. Daniel, está en la villa de Bayona: de ella es el diminutivo.

Hablando de esta arma, la frase más célebre que se ha pronunciado, fue la siguiente: «La bala es una loca, la bayoneta es un héroe.»

que dió la señal de la matanza el día de San Bartolomé.....»

La frase está tomada de Volney, buen escritor y mal orador, del cual dijo un folleto que era «uno de los más *elocuentes oradores mudos* de la Asamblea Nacional.»

Mirabeau, ingenio privilegiado, se complacía en apropiarse rasgos del ingenio ajeno.

Estas *apropiaciones* estaban de moda.

Mirabeau utilizó discursos enteros escritos por Chamfort.

Sieyés debe á Lauraguais el título, es decir, el éxito de su libro, *¿Qué es el Tercer Estado? ¡Nada! ¿Qué debe ser? ¡Todo!*

Mr. de Tailleyrand tomó de H. C. Guilhe—director de la Escuela de sordo-mudos de Burdeos—el informe, sobre instrucción pública, que leyó en la Asamblea Nacional é imprimió con su firma.

Entonces eran muy frecuentes estos casos.

Además, Brissot había desenterrado, corregido y puesto en circulación el asendereado axioma de que «*La propiedad exclusiva es un robo en la Naturaleza*».

LVII

He oído decir con frecuencia que Prudhomme había tomado de una de las más vehementes «mazarinadas» la famosa divisa de su compilación *Las revoluciones de París*:—Los grandes son grandes porque nosotros estamos de rodillas; levantémonos.

Después de mucho buscar he encontrado no un plagio, y sí una insignificante imitación.

Montandré dijo, en su famoso folleto: «Los grandes

no son grandes sino porque los llevamos acuestas; basta con que los sacudamos para que rueden por tierra.»

En punto á frases, son más las inventadas que las dichas.

Se ha supuesto que Le Pelletier Saint-Fargeau, al caer apuñalado por el guardia de corps, Paris, exclamó: «Muero contento, porque muero por la libertad de mi patria.» Palabras son estas que no oyó ninguno de los que asistieron á la agonía de Le Pelletier.

Hay que poner en cuarentena las frases que se dicen han sido pronunciadas por moribundos.

La muerte no es momento á propósito para hacer frases. La muerte es un suspiro, un gesto, una mirada, una contracción... nada más.

Se sabe con certeza que Desaix, en Marengo, nada habló y nada pudo hablar (1), y se sabe también que las últimas palabras de Lannes, en Essling, no fueron las que se han supuesto (2).

Se sabe que fue una broma de Thiers y de los que le siguieron, la afirmación de que Napoleón murió exclamando: «¡Voy á reunirme con Kléber, con Dextraix, con Lannes, con Massena, con Bessiéres, con Duroc, con

(1) Desaix, dice el Duque de Valmy, cayó con el corazón atravesado de un balazo. La división que mandaba se replegó, y las columnas austriacas pasaron sobre el cadáver del General, que no fue encontrado hasta muchas horas después de terminada la acción. Si murió instantáneamente y abandonado ¿cómo habló y quién lo escuchó?

Lo mismo que Valmy refiere al Duque de Ragusa.

(2) Lannes, al morir, exclamó dirigiéndose á Napoleón: «En el nombre de Dios, señor, dad paz á Francia, por la que muero.»

Se ha dicho, porque así convenía, que el Mariscal Lannes murió diciendo: «Señor, muero con la convicción y la gloria de haber sido vuestro mejor amigo.»

Ney!... Todos vienen á buscarme... Hablaremos de lo que hicimos... A menos que allá arriba, como aquí abajo, no se asusten de ver juntos á tantos militares.»

Nadie cree que José de Maistre dijese al espirar: «Me voy con Europa.»

Se ha reducido á su más sencilla expresión el último grito de Goëthe: «¡Luz! ¡Más luz!»...

Y, en fin, se han borrado de la historia todas las frases de ingenio que se habían atribuído á Luis XVIII en el momento de morir. Su muerte, como casi todas las muertes, fue muda.

Volvamos á las escenas del Terror.

La frase del sacerdote Edgeworth al monarca Luis XVI, próximo á ser ejecutado: «¡Hijo de San Luis, subid al cielo!» es una frase inventada el día de la ejecución por Carlos His, redactor del periódico *El republicano francés*.

La frase corrió por todo París, y el último que se enteró de ella fue el sacerdote á quien se le atribuyó.

No hay duda que si no la dijo pudo decirla y no recordarla; no siempre la memoria sobrevive á las embriagueces del espanto y de la sangre.

LVIII

A Maury (1), como á Sieyés, se le ha atribuido si no más ingenio del que tuvo, más frases de las que pronunció.

El voto de Sieyés, juzgando á Luis XVI: *la muerte á secas*, es una invención de los fantaseadores de historia.

(1) Auténtica es esta respuesta de Maury. Preguntáronle un día: ¿Usted se cree que vale mucho? Y Maury contestó: «Muy poco, cuando me examino y veo lo que soy; mucho, cuando me compare.»

Sieyés apenas refutó los errores que se le atribuían, y en cambio se complacía recordando que él fue el primero que gritó: «¡Viva la nación!»

Negó haber dicho después del 18 brumario: «Señores, tenemos un amo; este joven lo ha hecho todo, lo puede todo y lo quiere todo.»

Lo que dijo á Bonaparte, cuando le brindó participación en el Consulado, fue: «No se trata de ser Cónsul, y no quiero ser vuestro ayudante de campo.» Negó haber dicho, juzgando á Luis XVI, *la muerte á secas*. Dijo sólo *la muerte*. Después, comentando el voto, se repitió: ha votado *la muerte á secas*, sin añadir palabra al voto. De aquí el error en la frase.

Sieyés se indignaba de que supusiesen que había dicho para resumir su conducta en la época del Terror: «He vivido.»

Puede que sea histórica la observación de Favras que, después de haber leído su sentencia de muerte, dijo al escribano: «Habéis cometido tres faltas de ortografía.»

Esta frase la aprovechó Víctor Hugo para su obra *Marion Delorme*. En la misma obra figura otra frase dicha á Luis XV cuando el monarca se decidió á ser *sucesor* de Saint Foix en el amor de la Du Barry: «Seréis su sucesor, como lo sois de Faramundo.»

En la misma obra de Hugo está la frase de: «Por qué miraste? Por curiosidad.» Frase que es del Terror y que pertenece á Mercier, según unos, y á Martín, según otros, siendo Ducis el que la pronunció.

Del mismo es esta otra, que figura en carta dirigida á un amigo: «¡Quién piensa en escribir tragedias! ¡La tragedia corre hoy por las calles!» Lo malo es que antes que en la carta de Ducis, se había leído en una *mazari-nada*. «Comediantes, malos tiempos corren; la tragedia anda por los campos.»

LIX

¿Hablaré de la muerte de Andrés Chenier? ¿Recordaré los versos que Roucher y el autor de *La joven cautiva* (1) recitaban camino del patíbulo? Repetiré la frase de Chenier, golpeándose, en el cadalso, su frente llena de pensamientos inmortales? No sé qué hacer. Me duele mucho dudar y hacer dudar de estas cosas.

También me han hecho dudar, y no poco, las narraciones del novelista Jacinto de Latouche y las del poeta A. Houssaye.

Se ha escrito que la frase última de Chenier está inspirada en un dibujo que su compañero de cárcel, Traudine, trazó con lápiz sobre una pared del calabozo.

El dibujo representaba un árbol lleno de fruto, á sus pies una rama tronchada y en ella este letrero: «Yo hubiera dado fruta.»

Sea como fuere, renuncio á despoetizar la muerte de Andrés Chenier.

Geruzez no tuvo mis reparos. Véase lo que dice: «Latouche supone que Roucher y Chenier, camino de la guillotina, iban recitando la primera escena de *Andrómaca* entre Orestes y Pílates; ni él ni nadie oyó ni pudo repetir lo que hablaron los reos.

Tampoco me resulta grata la tarea de rectificar la sentimental historia de las vírgenes de Verdun.

Según Lamartine, la mayor de ellas «aun no había cumplido diez y ocho años»; la realidad ha demostrado que la mayor de las vírgenes había cumplido ¡setenta

(1) La joven cautiva fue la señorita de Coigny, después Duquesa de Fleury, no Mlle. de Conflans, después Marquesa de Coi

años! y que la menor era ya una mujer hecha y derecha.

Hora es de rectificar la horrible fábula que presenta á Mlle. de Sombreuil bebiendo á la fuerza un vaso lleno de sangre, para comprar la vida de su padre amenazado de muerte en las matanzas de Setiembre.

La fábula no tiene más fundamento que una nota de Legouvé en su poema sobre el *Mérito de las mujeres*.

¿Cómo, sin prueba, se atrevió Legouvé á inventar tanta maña atrocidad?

Luis Blanc tiene la palabra:

«Cuando Mlle. de Sombreuil hubo logrado á fuerza de valor, de belleza, de ruegos y de lágrimas el perdón de su padre, sufrió un desvanecimiento. Uno de los verdugos, movido á compasión, le ofreció un vaso de agua en el cual cayó una gota de la sangre que teñía las manos del asesino. ¡He aquí el génesis de la historietal»

Luis Blanc supo el hecho por una amiga de la interesada, advirtiéndole que Mlle. de Sombreuil refería el suceso para probar que los hombres de Setiembre, siendo crueles, no estaban cerrados al perdón ni á la clemencia.

LX

«Admirable, verdaderamente admirable—dice Arnault en la *Revista de París*—es la frase última de Bailly, que vivió como honrado y murió como héroe.»

Durante los preparativos de la ejecución, prolongados cruelmente, la lluvia, muy fría, no cesó de caer sobre el semidesnudo anciano.

—¿Tiemblas, Bailly?—preguntó uno de los verdugos.

—¡Tengo frío!—contestó Bailly, con sublime sencillez (1).

Shakspeare pone en boca de uno de sus héroes una frase parecida á la anterior, y pronunciada en circunstancias iguales.

En una revolución popular, Lord Say, conducido ante John Cade—el Marat de su época—que sentenciaba al pie del tajo, fue condenado á muerte.

—¿Estás temblando?—dijo al sentenciado el verdugo.

—Es una parálisis, que no es miedo, lo que me hace estremecer—respondió el anciano Lord.

* ¿Qué se deduce de esto? ¿Adivinó Shakspeare á Bailly? (2).

No; es que el genio puede crear todo lo que las pasiones pueden inspirar.

Por eso afirmó Piron que los escritos del genio son robos hechos al porvenir.

Las coincidencias de pensamiento y de expresión son posibles, aunque no muy frecuentes.

Una prueba de coincidencia.

Cicerón dijo que la gratitud es el recuerdo del alma:

Anima memor.

El sordo-mudo Massieu definió en sesión pública la gratitud, diciendo que era «la memoria del corazón.»

Ni Massieu conocía la frase del orador romano, ni sabía que le iban á pedir que hiciese la definición que trazó sobre la pizarra.

En nuestros días se ha vuelto la frase del sordo-

(1) Según Singard, Carlos I, el día de su ejecución (9 de Febrero de 1649), se puso dos camisas, diciendo: «Si llego á tiritar, mis enemigos creerán que tiemblo; no quiero exponerme á que crean que tengo miedo.»

(2) La frase de Bailly se supo por el mismo verdugo que lo guillotiné.

mudo—por el autor de *Novedades en la mano*, no por el de Ricardo III—diciendo: «La ingratitud es la independencia del corazón.»

LXI

Conocidos son, en detalle, los últimos momentos de Robespierre. Sabido es que su muerte no fue un suicidio.

Queda por esclarecer un punto referente, no á la historia del hombre, sí á la de una de sus obras. Digámoslo de una vez. Un obscuro religioso fue el autor del informe que, como propio, leyó Robespierre á la Convención el 7 de Mayo de 1794.

El trabajo se titulaba «El Ser Supremo.»

Véase lo que acerca de esto dice un librejo que se imprimió con este rótulo, *La Harpe pintado por sí mismo*.

«Mr. Porquet debe ser mencionado como prosista correcto y como autor de un discurso, que se sabe escribió, por haberlo contado su alumno Mr. de Boufflers.

En 1794, Porquet, que vivía en Chaillot, recibió una carta de Robespierre invitándole á que fuese á visitarlo.

Obedeció Porquet, y Robespierre le dijo:—Tranquilizaos; conozco vuestro patriotismo, estoy muy ocupado y como no tengo tiempo para escribir, acudo á vuestra pluma. Dentro de cuatro días tengo que pronunciar un discurso en la Convención para anunciar y hacer que se vote la fiesta al Ser Supremo; he pensado en que vos podéis escribirme el discurso,—que no ha de durar más de una hora;—traédmelo de hoy en tres días.

Dos días después Porquet entregó el escrito, que á todos pareció distinto de los que Robespierre había hecho. Alguno dijo que el abogado de Arras había progresado en el arte de escribir.

Robespierre, predicando un sermón escrito por el antiguo limosnero del Rey Estanislao, me recuerda al R. P. Pacaud que—según cuenta L'Ecuy—predicó, en 1750, en Nuestra Señora, los cinco volúmenes de sermones del *protestante* Santiago Saurin, sin quitarles punto ni ponerles coma.

LXII

La historia de Napoleón; todo el período del Consulado y del Imperio; algunos detalles biográficos de los que se reía el propio biografiado (1); muchas frases que se le han atribuído; algunas buenas acciones que se le han regateado, podrían suministrar pasto abundante á nuestra fiebre de dudas y á nuestra pasión calenturienta por la verdad.

Tendríamos que escojer, entre los episodios que resultan decisivos para la gloria, los detalles no muy exactos para la causa de la verdad:

1.º El heroico desastre del *Vengador*, bien distinto en la realidad de como lo cuenta Barrére y de como lo canta Lebrun: acribillado por la metralla el *Vengador*, arría la bandera; los ingleses suben á bordo y los barcos *Bl Culloden* y *Alfredo* recogen á doscientos sesenta y siete marineros, al capitán—después contralmirante Renaudin—y á su hijo (2).

2.º La famosa historia de los apestados de Jaffa—

(1) Napoleón—dice Las Cases—se reía mucho, viendo que todas las biografías se empeñaban en hacerle escalar, espada en mano, el globo de la Escuela Militar.

(2) En el *Nacional* de 10 de Junio de 1839, se publicaron los nombres de seis marineros, que se dijo eran los únicos supervivientes de la dotación del *Vengador*.

acerca de la cual se han escrito tantos cuentos—que tan escaso crédito han alcanzado (1).

3.º La averiguación de si el triunfo en Marengo se debió á Desaix ó á Kellermann, como él mismo pretende razonablemente (2).

4.º La supuesta tentativa de asesinato, en 18 brumario.

5.º La determinación de si la gloria de la triunfal retirada en Huningue corresponde á Moreau, á Ferino ó al joven general Abbattucci.

6.º El estudio del proceso instruído á Moreau, en el cual se pretende inexactamente que Clavier, contestando al deseo de Bonaparte, que pedía la condena, ofreciendo después el perdón, dijese: «Y á mí, ¿quién me perdonará?....»

Mucho pudiera decirse acerca de los extremos apuntados; pero nos falta tiempo y nos sobran deseos de acabar la tarea.

En Waterlóo tropezamos con: «La guardia muere, pero no se rinde».

Cambronne no dijo esa frase; se avergonzó de que le felicitasen por ella; la desmintió en cuantas ocasiones pudo, é hizo ver lo absurdo que resultaba que se le achacase, por ser él de la guardia, no haber muerto y haberse rendido.

Cambronne—dijo el General Alava, testigo presencial del hecho—se rindió al coronel Halkett, y no habló más, que para pedir un cirujano que le curase las graves heridas que recibió peleando.

(1) Calumniosamente se afirmó, que los apestados de Jaffa fueron envenenados.

(2) Carta de Kellermann, fechada el 8 de Febrero de 1821.—Véase el autógrafo núm. 1571 del Catálogo-Colección de La Jarriette.

Un granadero—Antonio Delau—se empeñó en desmentir la negativa de Cambronne. Téngase en cuenta, que este mismo granadero aseguraba haber oído á Poniowski gritar, en Leipzig, arrojándose al Elster: «Dios me confió la honra de los polacos y sólo á Dios se la entregaré.» Quien oyó esta frase—nunca dicha—¿qué mucho que oyese otra, que tampoco se pronunció?....

La frase atribuida á Cambronne fue inventada el mismo día de la batalla por Rougemont, ese nocivo fantaseador que tantos daños ha hecho á la verdad histórica.

También se ha dicho que Cambronne lanzó en Waterlloo otra frase tan breve como mal oliente (M....) Ni los honores de un mentís merecen los que tal afirmaron.

Invento de Rougemont es la respuesta dada por el Duque de Berry, á un soldado tan viejo como imbécil, que elogiaba los triunfos de Napoleón: «Pardiez—exclamó el Duque—es muy raro que triunfase, con b.... como tú».

De Rougemont, ó de sus colegas, debieron ser las frases atribuidas á Luis XVIII, poco antes de morir.

Ch. Brifaut, lector del Rey, publicó en la *Gaceta de Francia*, con fecha 15 de Setiembre de 1824, una carta diciendo: «S. M. ha bló muy poco desde dos días antes de su muerte; las frases que algunos periódicos han supuesto pronunciadas por el monarca, son completamente falsas.»

LXIII

La restauración necesitaba para inaugurarse una frase con el sello de la fábrica ministerial, garantizada por el Gobierno.

La frase fue la que *prestó* al conde de Artois:

—Nada se ha cambiado en Francia; sólo hay un francés más.

En las *Memorias* de Beugnot se refiere prolijamente cómo se fabricó la frase por el citado escritor en colaboración con Talleyrand, Pasquier, Dupont de Nemours y Inglés.

Hacía falta publicar en el *Monitor* un artículo diciendo lo que Artois no había dicho: Talleyrand encargó del artículo á Beugnot; Pasquier apuntó la conveniencia de tranquilizar en dicho documento á los que temían que la vuelta de los Borbones iba á traer cambios y trastornos; al fin, poniendo unos y quitando otros se supuso que el príncipe había exclamado: «Basta de lucha entre Francia y la paz; vuelvo á mi patria y *nada hay cambiado, sólo hay un francés más.*»

La frase gustó, los periódicos la copiaron, y el príncipe llegó á creer que efectivamente era suya.

El Duque de Orleans—dice Guizot—al aceptar el 31 de Julio la Tenencia general del Reino, terminó su primera proclama con estas palabras: «La Carta será de aquí en adelante una verdad.»

Esta declaración disgustó á algunos Comisarios que estaban reunidos en el Real Palacio, y decidieron y lograron modificarla. En el *Monitor* del 2 de Agosto se lee: «Una carta será de aquí en adelante una verdad.»

Al siguiente día se subsanó la errata, pero en vez de una frase ya hubo dos.

Las palabras vuelan, dice el adagio. Las palabras históricas ¡esas sí que vuelan!

Las que no vuelan quedan incompletas ó desfiguradas.

¿De dónde viene lo de «nobleza obliga?» Pocos responderán: de Mr. de Levis.

Preguntad quién dijo: «¿Dónde está la mujer?»; frase verdadera por la influencia de las mujeres en cuanto se relaciona con los hombres. Unos contestarán: Lo dijo Sartine. Otros: Un fiscal, ó un juez, ó un personaje de novela. Nadie dirá: Es un proverbio español corregido y arreglado por Carlos III, que, según Ch. Didier, decía únicamente:—¿quién es ella?

Investigad quién dijo primero que «el divorcio es el sacramento del adulterio», y estoy seguro de que nadie os contestará diciendo: el poeta Guichard.

«Si viene á nuestra casa, todo irá bien; si viene á su casa, todo irá mal»; mucho se repitió esta frase cuando Luis XVIII volvió á Francia. ¿Quién fue el primero que la dijo? El periodista Fournier-Verneuil.

«El Congreso no anda, pero baila»; linda frase, la mejor que se hizo acerca de las joviales cuanto lentas tareas del Congreso de Viena. ¿Quién la pronunció? El anciano príncipe de Ligne.

«Las palabras honor y patria que aquí se pronuncian, encuentran eco en Francia». ¿Quién las dijo? El general Foy, en el Parlamento, el 30 de Setiembre de 1820.

«¡Desgraciada Francia! ¡Desgraciado Rey!» ¿Quién escribió esto dos días después del nombramiento del Ministerio Polignac? Béquet, en el *Diario de los Debates*.

«El Rey reina, pero no gobierna.» ¿Quién redactó esta fórmula constitucional? ¿Dónde, y cuándo fue escrita? La fórmula es del periodista Thiers, y apareció en uno de los primeros números de *El Nacional*, periódico fundado el 1.º de Enero de 1830.

«Bailamos sobre un volcán.» ¿Dónde, cuándo y por quién se dijo? Por Salvandy en una fiesta dada por el Duque de Orleans.

El 31 de Mayo se obsequiaba al Rey de Nápoles con

una gran fiesta en palacio. Carlos X y la familia real asistieron á ella. Salvandy, cuando la velada estaba en todo su apogeo, exclamó, dirigiéndose al Duque de Orleans:

—Esta es una fiesta enteramente napolitana; bailamos sobre un volcán.

Dos meses después el volcán estalló, y de él salió, como lava, el reinado del «Justo medio».

El «¡Justo medio!» ¿De dónde nació?

De un deseo del propio Luis Felipe.

—Procuraremos—dijo á los Diputados de Gaillac—sostenernos en un justo medio, equidistante de los abusos del poder real y de las demasías del poder popular.

«¡Dejad hacer! ¡Dejad pasar!» ¿Quién lo dijo? No se sabe. La frase tenía un siglo de antigüedad.

«La legalidad nos mata.» Este dicho es de Viennet, en la sesión de 29 de Marzo de 1833.

Pocos recordarán que con intención profética dijo Mr. Thiers, el 17 de Noviembre de 1851: «El Imperio está hecho.»

Preferible es el olvido al error. Uno puede ser una absolución, el otro es siempre una injusticia.

Por error de nombre se ha dicho que un La Rochefoucauld mandó derribar la columna de bronce dedicada al Emperador, siendo así que la orden partió de Mr. de Rochechouart, ayudante de campo del Emperador de Rusia y Comandante de París.

Error injusto dió nombre al Puente de Arcola.

Se ha repetido mil veces que el 28 de Julio de 1830 un hombre llegó hasta el puente de la Grève, bandera en mano, gritando: «¡Acordaos de que me llamo Arcola!» Al decir estas palabras cayó muerto.

El nombre de Arcola no está en la columna de Julio. ¿Por qué? Porque el que plantó la bandera sobre el puen-

te no fue Arcola, fue Juan Fournier; así consta en un grabado, y su nombre está en el monumento referido.

A pesar de conocerse el error, el puente siguió llamándose de Arcola.

LXIV

Pocas ó ninguna de las frases dichas durante la Restauración, alcanzaron el éxito que la comparación de Mr. Dupin: «El jesuitismo es una espada que tiene el puño en Roma y la punta en todas partes».

La frase la había dicho De Aubigné á fines del siglo XIV; la repitió J. B. de Rousseau, recogiéndola de un libraco en Marzo de 1716. Y por último se averiguó que Dupin la dijo por haberla oído á un exjesuíta.

El origen de la frase está seguramente en la divisa que Bartoli había dado á San Ignacio de Loyola: «El sol, estando en el cielo, ilumina toda la tierra».

Corren y hasta se han coleccionado—en la *Talleyrandana* y en el *Album perdido*—muchas frases viejas que se suponen dichas por Talleyrand.

En una carta de Talleyrand, fechada en Londres el 17 de Setiembre de 1831, hay una nota curiosísima escrita por el hermano del ilustre hombre.

Esa nota nos enseña que el *Breviario*, el libro predilecto y familiar del exobispo de Autun, era ¡*El improvisador francés!*

A los veintín volúmenes de ese libro, llenos de anécdotas y de frases ingeniosas—catalogadas por orden alfabético—debió Talleyrand la mayor parte de sus ingeniosas *improvisaciones*.

Suya es esta frase que figura en el discurso pronunciado en la Cámara en 1821: «Conozco alguien que

tiene más ingenio que Napoleón, que Voltaire y que todos los ministros habidos y por haber: la opinión».

Suyo es también — según Stendhal — el dicho: «La vida privada de un ciudadano debe estar amurallada».

También doy por suyo—bajo la palabra de Saint Beuve—el famoso: «No tengais tanto celo».

En cambio era de Vitrolles, y se la apropió Talleyrand, la frase dicha en los *Cien Días*: «Esto es el principio del fin».

Tampoco es suya ésta que le han atribuído: «La muerte del Duque de Enghien es más que un crimen, es una falta».

Talleyrand tuvo mucha participación en el asunto para que se atreviese á calificarlo en los términos expresados.

Por de Talleyrand pasa esta afirmación del caballero de Panat (1) acerca de los emigrados: «Ni han aprendido ni han olvidado nada».

Harel hacía frases y se las achacaba á Talleyrand. Si no gustaban se callaba. Si tenían éxito reclamaba la paternidad de ellas. Esto le ocurrió cuando en *El Enano amarillo* puso bajo la paternidad de Talleyrand el dicho: «La palabra ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento».

Cuando la frase alcanzó gran popularidad Harel gritó: ¡Es mía!... ¡Trabajo perdido! La frase corrió y sigue corriendo con el nombre del maligno cojo.

Para dar á Talleyrand un fin digno de su reputación, Luis Blanc lo mata con una palabra robada.

Befiere Blanc que Luis Felipe fué á visitar al di-

(1) Véase su carta, fechada en Londres, Enero de 1796, dirigida á Mallet du Pan.

plomático, en su lecho de agonía, y le preguntó si sufría mucho.

—Sí,—contestó el moribundo—sí, sufro como un condenado.

—¡Ya!—murmuró el Rey.

Frase que si el moribundo llega á oír—añade Blanc—no hubiera quedado impune, pues Talleyrand hubiese dado á alguno de los que rodeaban su lecho instrucciones secretas y terribles para vengarse del monarca.

¿Saben ustedes cuál es el origen de la palabra?

Una anécdota que tiene su cuna allá por el año de 1778; Lebrun hizo uso de ella en un epigrama, y Mr. de Levis la refiere del modo siguiente:

«Se supone que él (el médico Bouvard) respondió al Cardenal de ***, prelado poco arrepentido (otros dicen que era el abad Terray) que se quejaba de sufrir como un *condenado*: «¡Cómo! ¡Ya, Monseñor!»—Creo,—concluye Mr. de Levis—que uno de sus enfermos pudo quejarse en esos términos, pero no creo que le respondiese como se ha dicho: las costumbres no lo autorizaban».

¿No les parece á ustedes que este último relato cierra bien un catálogo de errores, de mentiras, de suposiciones y de falsedades?...

Y ¿no creen que es buen remate de mi trabajo el siguiente verso que siempre pensé utilizar para conclusión?:

¡Ved aquí justamente cómo se escribe la Historia!

FIN



- Aguanno.**—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil, (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcofurado.**—Cartas anatómicas, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Antoine.**—Curso de Economía social, 2 volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 150.
- Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pts.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 pts.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pts.
- Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 8 pts.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los Galicismos, 3 ps.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pts.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pts.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 5 pesetas.
- Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la Nación Alemana, regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pts.—La Ciencia social contemporánea, 8 pts.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pts.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 5 pts.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 pts.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 pts.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pts.
- Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.
- Gladstone.**—Los grandes nombres, 5 pts.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pts.—Las Favoritas de Luis XV, 8 pts.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Jurista, 12 pesetas.
- Gumplovicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pts.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyan.**—La Educación y la herencia, 8 pts.—La Moral inglesa Contemporánea, 12 pts.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pts.
- Haussenville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
- Huxley.**—La Educación natural, 6 pts.
- Ihering.**—Cuestiones de Derecho, 5 pts.
- Janet.**—La Familia, 5 pts.
- Kells Ingram.**—Historia de la Política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pts.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y W. A. G. v. d. Berg.**—Estudios de Higiene general, 8 pts.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura de Derecho Romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 250 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Lemeke.**—Estética, 8 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pts.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fiorentti.**—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
- Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La educación, 7 pts.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 pts.
- Manduca.**—El Procedimiento Penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho Internacional, 3 tomos, 22 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la Organización administrativa en España, por Adolfo Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.**—Derecho público romano, 12 ps.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.
- Neumann.**—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pts.
- Posada.**—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Renán.**—Estudios de Historia Religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ricci.**—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Savigny.**—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sighele.**—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohn.**—Derecho privado romano, 14 pts.
- Spencer.**—La Justicia, 7 pts.—La Moral, 7 pts.—La Beneficencia, 6 pts.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pts.—Instituciones sociales, 7 pts.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 pts.—El Organismo social, 7 pts.—El Progreso, 7 pts.—Exceso de legislación, 7 pts.—De las Leyes en general, 8 pts.—Etiología de las prisiones, 10 pts.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pts.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pts.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de Nueva York, 3 pts.
- Sudermann.**—El Deseo, 3,50 pts.

antiguo Derecho y la
setas.—La Guerra
cional, 4 pesetas.—
setas.—Las insti-
tutas.
centil, 12 pesetas.
a literatura inglesa: os
pesetas.—Los origenes,
acimienta, 7 pesetas.
transformaciones del Derecho,
Duelo y el delito politico, 8
pesetas.—La Criminalidad comparada, 3
pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pts.
Eriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
Varios autores.—(Agnanno, Altamira,
Aramburu, Arenal, Builla, Carnevale, Do-
rado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez, Oli-
va, Posada, Salillas, Sanz y Escacibari. 8116
Tarde, Torres Campos y Vida).—*La Nueva*
Ciencia jurídica, dos tomos, 25 pesetas. Con-
tiene grabados.
Idem.—(Agnanno, Alas, Azcárate, Bances,
Benito, Bustamente, Builla, Costa, Dorado,
F. Pello, F. Prida, Garcia Lastra, Gide,
Giner de los Rios, Gonzalez Serrano, Gum-
plowicz, López Selva, Menger, Pedregal,
Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Se-
la, Uña y Sarthou, etc.)—*El Derecho y la*
Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.
Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.
Walliszewski.—Historia de la Literatura
rusa, 9 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la espe-
cie humana, 12 pesetas
Wolf.—La Literatura castellana y portugu-
esa, con notas de M. y Pelayo, dos volúmenes,
15 pesetas.

OBRAS RECIEN PUBLICADAS POR LA ADMINISTRACION DE «LA ESPAÑA MODERNA»

Castro: El Libro de los galicismos, 3 ptas.—**Macaulay:** La educación, 7 ptas.
—**Spencer:** Los datos de la Sociología, dos vols., 12 ptas.—**Giddings:** Principios
de Sociología, 10 ptas.—**Murray:** Historia de la literatura griega, 10 ptas.—**Krü-
ger:** Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.—**Mommsen:** De-
recho romano, 12 ptas.—**Darwin:** Viaje de un naturalista alrededor del mundo—
2 tomos, 15 ptas.—**Spencer:** Las inducciones de la Sociología y Las institucio-
nes domésticas, 9 ptas.—**Buisson:** La educación popular de los adultos en In-
glaterra, 6 ptas.—**Gabba:** Cuestiones prácticas de Derecho Civil moderno, dos
tomos, 15 ptas.—**Dowden:** Historia de la literatura francesa, 9 ptas.—**Macaulay:**
Vida, memorias y cartas, 2 tomos, 14 ptas.—**Garnet:** Historia de la literatura ita-
liana, 9 ptas.—**Nietzsche:** Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—**Westermarck:** El ma-
trimonio en la especie humana, 12 ptas.—**Taine:** Notas sobre París, 6 pesetas.—
Boissier: Cicerón y sus amigos: estudio de la sociedad romana del tiempo de
César, 8 ptas.—**Nansen:** Hacia el Polo, 6 ptas.—**Taine:** Historia de la Literatura
inglesa. El Renacimiento, 7 ptas.—**Heine:** Alemania, 6 ptas.—**Amiel:** Diario ínti-
mo, 9 ptas.—**Huxley:** La Educación y las Ciencias naturales, 6 ptas.—**Carlyle:**
La revolución francesa, 8 ptas.—**Goncourt:** Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—
Lemke: Estética, 8 pesetas.—**Leroy-Beaulieu:** Economía política, 8 pesetas.—
Kropotkin: Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.—**Sohm:** Derecho privado
romano, 14 ptas.—**Arnó:** Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 ptas.—**Heiberg:**
Novelas danesas, 3 ptas.—**Walliszewski:** Historia de la Literatura rusa, 9 ptas.
Emerson: La ley de la vida, 5 pesetas.—**Fichte:** Discursos á la Nación Alemana,
Regeneración y Educación de la Alemania Moderna, 5 pesetas.—**Antoine:** Curso
de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.—**Gumplowicz:** Compendio de Sociolo-
gía, 9 pesetas.—**Guyau:** La Moral Inglesa contemporanea, 12 ptas.—**Emerson:**
Hombres simbólicos, 5 pesetas.—**Fernald:** El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA AÑO XII

Esta Revista, escrita por los más eminentes publicistas nacionales y extran-
jeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—Fuera
de España, un año, cuarenta francos. El importe puede enviarse en letras sobre
Madrid, París ó Londres.—Todos los abonos deben pagar de Enero de cada
año. A los que se suscriban despues, se les entregan los números publicados
—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO